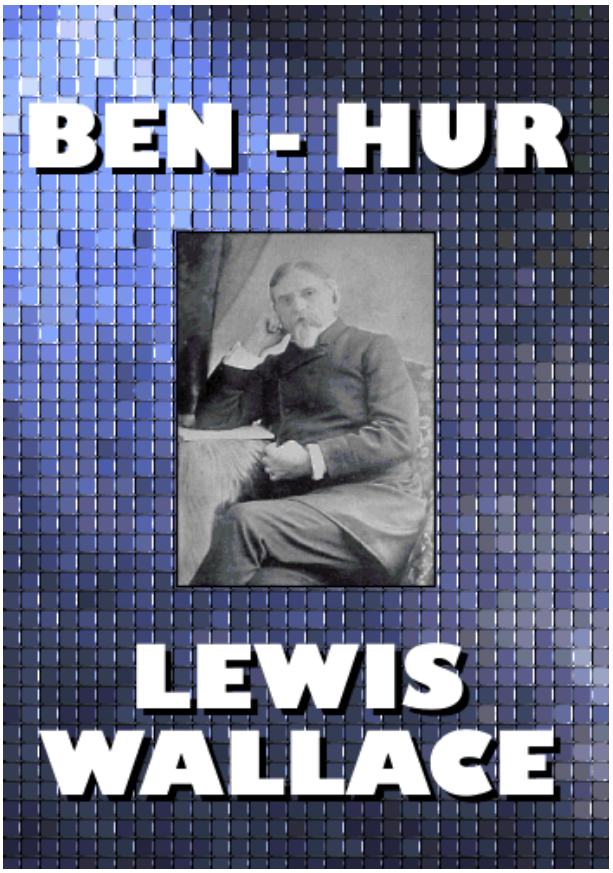
Ben – Hur

(Adaptación Para Niños)

Lewis Wallace



Comentario [LT1]:

PRIMERA PARTE

I

Desde la cima del Jebel-ez-Zublch, una cordillera de ochenta kilómetros de largo, estrecha y alargada, se divisa todo el desierto de Arabia. En la lengua árabe esta cordillera es conocida con el nombre de «Padre de muchos torrentes».

Estos torrentes, cortando la vía romana, van a parar al Jordán en las épocas lluviosas y por último al mar Muerto.

Por uno de estos torrentes, secos en esta época del año, avanza un viajero que se dirige a la alta meseta. Por su aspecto podría tener unos cuarenta y cinco años de edad; barba entrecana cubría su pecho.

Su rostro moreno quedaba oculto bajo el gran turbante rojo, y sus ojos eran negrísimos. El viajero cabalgaba sobre un dromedario blanco, sentado bajo una tienda minúscula.

El dromedario era magnífico, de andar majestuoso y pausado. El tamaño de sus pies, el grosor de su cuerpo, su cabeza ancha a la altura de los ojos y terminando en delgado hocico: todo hacía patente que su estirpe pura se remontaba a la época de Ciro.

Eran las primeras horas del día. La niebla matutina cubría ligeramente el sol. El viajero salió del cauce del torrente para comprobar mejor su situación.

El dromedario caminaba sumiso, con paso elegante. Los animales del desierto saltaban a los lados del torrente seco. La alondra, las golondrinas y otras aves levantaban el vuelo inesperadamente por los alrededores.

Con menos frecuencia, la hiena salía disparada hacia lo lejos para poder contemplar con más tranquilidad al intruso que andaba por aquellos senderos casi deshabitados.

Horas y horas siguió el dromedario por el desierto, al mismo trote, y el viajero siguió sobre él, sin cambiar de postura, ni mirar a uno u otro lado. Estaba completamente ensimismado en sus pensamientos.

Podría pensarse que el viajero era un fugitivo, pero no era así, ya que jamás volvió la cabeza hacia atrás para ver si le perseguían. Las horas de la mañana pasaron lentamente y la niebla matutina se disipó.

No viajaba tampoco por placer, puesto que no le interesaba el paisaje que le rodeaba, y tampoco parecía oprimirle la soledad del desierto. Su marcha seguía sin interrupción.

Exactamente a las doce del mediodía el camello lanzó un gruñido, indicando con ello su cansancio. El viajero, pensativo como estaba, se sobresaltó. Miró a su alrededor para comprobar donde se hallaba, y pareciendo contento dijo para sí: «¡Al fin!», y después, cruzando las manos sobre el pecho, oró durante unos instantes.

Seguidamente, ordenó al dromedario que se inclinase para descender, orden que el animal se apresuró a obedecer, y el viajero, apoyando su pie en el cuello de su cabalgadura, bajó el pie a tierra.

II

El viajero era un hombre no muy alto, pero fuerte y robusto. Aflojó el cordón de seda que sujetaba su turbante y echó los pliegues hacia atrás, dejando su cara al descubierto. Un rostro casi negro y muy enérgico.

Sus facciones delataban su origen: su nariz aguileña, su pelo lacio y de un brillo metálico, la frente echada hacia atrás; todo hacía pensar en uno de los faraones Ptolomeos y en el mismo Mizrain, padre de la raza egipcia. Sin duda alguna, el viajero era egipcio.

Llevaba una especie de camisa blanca de algodón, abierta por delante y bordada por el cuello y el pecho. Sus pies iban calzados por sandalias atadas al tobillo.

Lo que más llamaba la atención sobre él es que no llevaba arma alguna, a pesar de caminar solo por el desierto, donde unos malhechores e incluso animales fieros podrían atacarle.

Era como si algo superior le protegiese, o quizás era un hombre singularmente valiente.

Parecía un poco dolorido debido al largo viaje, por lo que, frotándose las manos, dio un pequeño paseo alrededor del dromedario, que seguía tranquilo descansando y lanzando de vez en cuando gruñidos de satisfacción.

El hombre observaba el paisaje con interés, como si estuviese esperando a alguien en aquel extraño lugar para una cita. Sus ojos buscaban incesantemente en el horizonte.

Entretanto, sacó una esponja empapada en agua y lavó los ojos a su montura. Luego le dio algo de comer.

Cuando terminó cogió unas estaquillas y se dispuso a montar una tienda. Un momento se detuvo y, dirigiéndose al dromedario, le dijo:

-¡Oh, tú, competidor de los vientos más rápidos! Estamos muy lejos de casa, pero Dios está con nosotros. ¡Tengamos paciencia! Estoy seguro de que vendrán.

Luego sacó de la montura una cesta que contenía todo lo necesario para celebrar una comida, y lo preparó todo en el interior de la tienda.

Puso unas botas de vino, unas lonjas de carnero curadas al humo, granadas sirias, queso blanco, dátiles de Shelebi y pan con levadura. Para terminar, colocó tres trozos de tejido de seda para que los comensales se cubrieran las rodillas mientras comían. Esto indicaba el número de huéspedes que iban a ser.

Cuando lo tuvo todo dispuesto miró de nuevo hacia el horizonte, y distinguió con alegría un puntito negro, que a medida que fue aumentando de tamaño permitió distinguir a un hombre montado en su dromedario.

Cuando el recién llegado estuvo cerca saltó de su cabalgadura, oró y se dirigió hacia los brazos del egipcio.

Se miraron durante unos instantes y después se abrazaron.

-¡Que la paz sea contigo, hermano! -dijo el recién llegado.

-Y tú, hermano de la buena fe, sé bienvenido igualmente. El otro era un hombre alto, de ojos hundidos y cara enjuta.

Tampoco llevaba armas, y todo su atuendo era blanco, excepto las babuchas. Sus ojos, llenos de lágrimas, miraron intensamente al egipcio y dijo:

-Sólo Dios es grande.

-¡Y benditos sean los que le sirven!

Miraron ambos hacia la lejanía y vieron que un tercer puntito negro aparecía en el horizonte.

Llegaba poco después el tercer viajero, que también saludó diciendo:

-¡La paz sea con vosotros!

Y abrazó a los presentes con alegría. Este hombre tendría unos cincuenta años y era de constitución débil. Llevaba un manto tirio y sus ascendientes provenían de la estirpe de Atenea.

El egipcio dijo al punto:

-Dios me ha conducido aquí el primero para poder ofreceros comida. Pasad a la tienda y reparemos las fuerzas necesarias para cumplir con nuestros deberes.

III

Era el año 747 de Roma. Los viajeros estaban hambrientos y comieron con apetito.

El egipcio inició la conversación al terminar con los manjares:

-Amigos míos, quedan ante nosotros largos días de camaradería, por lo que necesitamos conocernos el uno al otro. Nada es más dulce que oír el propio nombre en labios de un amigo en tierra extranjera. Por lo que, si os parece bien, el que llegó el último que hable el primero.

El griego, lleno de emoción, comenzó muy pausadamente:

-Hermanos, no sé qué deciros. Comenzaré diciendo que vengo de un país lejano donde se aman las Artes, las Letras, la Filosofía; un país que resplandecerá eternamente. Hablo de Grecia. De allí vengo, y mi padre es Cleanto, el ateniense.

«Yo estudié durante toda mi vida; ésta ha sido mi pasión. Sabed que dos de nuestros más grandes filósofos enseñan; uno, la mortalidad del alma, y el otro proclama la existencia de un solo Dios infinito. Yo me uní a su pensamiento, pero no me encontraba del todo satisfecho.

«Un día me encontré a un judío, que me habló de Dios, y yo me sentí poseído inmediatamente por ese Dios. El judío me aseguró que estaba muy pronto a venir.

Poco después, en sueños oí una voz que me decía: «Gaspar, ¡tu fe ha vencido! Con otros dos asistirás al nacimiento de Aquel que ha venido a libertar al mundo.» Al oír estas palabras me fui de mi tierra, embarqué hasta Antioquía y después compré un dromedario, que me ha traído hasta aquí.

Y ahora, hermanos, dejadme que oiga vuestra historia. Estoy impaciente por saberla.

Los dos hombres escucharon con atención y lágrimas en los ojos, al ver el poder supremo del Dios que habían elegido para servirle.»

El egipcio hizo un gesto invitando al hindú a que hablara.

-Mi hermano ha hablado sabiamente. ¡Ojalá mis palabras sean tan dignas como las suyas! Podéis llamarme Melchor. Vengo de un país muy lejano, os hablo en una de las lenguas más antiguas del mundo: el sánscrito. Los Vedas son los libros más antiguos del mundo y enseñan las verdades de la religión a los hombres. Antes que los griegos, los Vedas proclamaban la existencia de un solo Dios y la inmortalidad del alma.

»Yo nací brahmán, pero, no estando contento con la religión que mis antecesores me habían legado, busqué por todas partes la Verdad, y al fin uní en mi pensamiento las palabras Dios-Amor. Comprendí que sólo se podía encontrar a Dios a través del amor.

»Fui condenado por mis compañeros como hereje y tuve que huir a la isla de Ganga Lagor. Allí seguí buscando la Verdad, hasta que un día, tendido en la playa, oí una voz interior que me decía: «Melchor, hijo de la India. ¡Has triunfado! La

Redención se acerca. Junto con otros dos asistirás al nacimiento del que viene a redimir al mundo.»

«Y así, hermanos, viajando en mi dromedario, he llegado hasta aquí.«

IV

Por fin debía hablar el egipcio, y sus palabras sonaron tan majestuosas, que los otros dos no tuvieron más remedio que inclinarse involuntariamente.

-Hermanos, cada uno de nosotros habla en su lengua nativa y, en cambio, nos comprendemos mutuamente. En esto se ve ya un designio de este Dios que vamos a ver muy pronto, y que sólo recibe alabanzas en nuestros corazones.

«Con mi raza empezó la historia. Mis antepasados llegaron a Egipto antes del Diluvio. Luego, los hijos de Noé predicaron a los arios un solo Dios y un alma inmortal. La religión es el mutuo reconocimiento del hombre con su Creador. Esta fue la religión del padre Mizraim, la religión de la primera familia egipcia.

«Pero a través de los tiempos muchos pueblos han gustado de las tierras que rodean al gran padre Nilo, y durante épocas han sido sus dominadores: los etíopes, los asirios, los persas, los romanos. Tanta mezcla de religiones y costumbres corrompieron el antiguo espíritu egipcio y, así, el único Dios se dividió en ocho dioses diferentes.

«Yo nací en Alejandría, de familia de príncipes y sacerdotes. Á pesar de dedicar toda mi vida al estudio, que era mi pasión, no me hallaba satisfecho, y quería encontrar a Dios, al Amor, la Verdad. Tras larga e incesante búsqueda hallé al fin la luz. La prediqué a los hombres, pero se burlaron de mí, y tuve que ceder.

«Hui, tras largas meditaciones, y prediqué la buena nueva entre las gentes humildes de mi país. Al principio estaban entusiasmados por mis predicaciones y creían en un solo y único Dios, pero las mentes están envenenadas por antiguas supersticiones, y con el tiempo, las gentes volvían a sus viejos ritos.

«Marché desanimado al interior de África. Y un día, en mi soledad, bajó hasta mí una estrella de brillo deslumbrante y una vez me dijo: «¡Has vencido, Baltasar! ¡La Redención está pronta a llegar! Con otros dos te reunirás en el desierto y veréis la llegada de la luz del mundo. Cuando lleguéis a Jerusalén preguntad a las gentes: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle. Tened confianza en el Espíritu.»

-Y sin tomarme el menor descanso compré un dromedario y vine hasta aquí. ¡Dios está con nosotros!

Los otros dos asintieron con los ojos llenos de lágrimas. La noche había caído sobre el desierto. Salieron fuera de la tienda y montaron en sus cabalgaduras; y, en fila, se orientaron hacia el Oeste, cada uno sumido en sus pensamientos.

De pronto, una luz resplandeciente apareció ante ellos sobre una colina. Sus almas se estremecieron y gritaron llenos de gozo:

-¡La estrella! ¡Dios nos guía!

V

Estamos en la parte occidental de la muralla de Jerusalén, donde se abren las puertas del Portal de Belén. Nuestros tres viajeros llegaron ante esa puerta el año 747 de Roma.

Muchas gentes viven en las callejuelas de la ciudad. Mujeres hebreas gritan sus mercancías, miel y vino, mientras sus chiquillos desnudos y morenos juegan en el suelo.

Romanos se cruzan y saludan, hablando de Roma, vestidos con brillantes armaduras. Griegos de hermoso aspecto, hebreos, nazarenos, gladiadores.

Jerusalén, cantada por los poetas, la Jerusalén de Salomón, estaba convertida en una burda imitación de Roma, centro de costumbres paganas.

Por el Portal de Belén entraban a la hora tercera del día un hombre, una mujer y un asno. La mujer llevaba un vestido de lana burda y cubría su rostro con un velo, que levantaba alguna vez para observar algo que le había llamado la atención.

Un hombre se cercó al grupo, preguntando:

-¿Eres José de Nazaret?

-Sí, lo soy. ¡Pero tú eres Samuel, el rabino!

-La paz sea contigo y con todos los tuyos. ¿Hacia dónde os dirigís?

-Vamos a Belén a empadronarnos, según ordena el César.

-¿Qué ocurre en Galilea?

-Yo sólo soy un carpintero, y no tengo tiempo para las luchas políticas.

-Pero tú eres judío, de la estirpe de David, y no creo que te guste pagar los impuestos. ¡El Dios de Israel vive aún! ¡Está pronta su venganza!

Y tras decir estas palabras el rabino se alejó. Poco después, ellos cruzan la ciudad y se encaminan hacia Belén. Ella no tiene más de quince años, y sus rasgos son los de una adolescente.

Para entretener el camino él le cuenta historias de David, que ella escucha sin interés, pues el relato es monótono, propio de un hombre rústico y de pocos conocimientos.

Al acercarse a Belén se dieron cuenta de que, debido al empadronamiento, gran cantidad de personas llegaban a la ciudad, y que difícilmente podría encontrarse un alojamiento.

VI

En las posadas orientales no puede decirse que exista un dueño, ni unos criados, ni siquiera habitaciones. Allí se reúnen las gentes que van de paso y no tienen parientes en cuya casa alojarse.

La posada de Belén estaba casi en el camino; a menudo servía también de mercado, pues en su interior había aposentos grandes donde en días de mucha afluencia de público, como hoy, los viajeros se acomodaban en el suelo, se llevaban su comida y no tenían que dar explicación a nadie.

El portero miraba con indiferencia como entraban y salían gentes de aquella posada. José, angustiado al ver que quizás no iban a tener sitio en el interior, preguntó al portero:

-La paz sea contigo. ¿Puedo alojarme en alguna habitación?

-Bueno, hombre; no queda ninguna.

-Soy José de Nazaret y provengo de la estirpe de David.

-Hermano, yo quisiera darte alojamiento, pero pasa por ti mismo y mira que no hay un sitio libre. Ha venido tanta cantidad de gente a empadronarse que no hay un solo espacio en toda la ciudad.

-No es para mí; es que mi esposa es muy joven y no podrá pasar la noche en las montañas con el frío que hace.

-Bien, no puedo dejaros a la intemperie; haré por vosotros lo que pueda.

José fue en busca de su esposa, a quien había dejado al cuidado de unos conocidos de Beth-Dagon, que habían llegado a Belén también para empadronarse.

Al llegar de nuevo a la posada, el portero les acompañó hasta un establo de la parte oeste del edificio. El polvo y la paja del pesebre daban un tono amarillento al recinto. En cuanto el portero se fue, los viajes se dedicaron a acomodar un poco la estancia.

Al llegar la media noche, y después de la hora nona, en que todos los viajeros hicieron sus oraciones, cenaron y luego se acostaron para dormir. Pero a medianoche algunos se despertaron sobresaltados, y al ver en el cielo una estrella muy brillante despertaron a los demás.

El resplandor de la estrella, que se prolongaba en un rayo que llegaba hasta la tierra, era vivísimo y los espectadores se preguntaban unos a otros:

-¿Habéis visto alguna vez cosa parecida? -Será una estrella que ha caído a la Tierra.

-O una hoguera de pastores...

-¡Quizás sea la escalera de nuestro padre Jacob ascendiendo al cielo!

VII

Este mismo día por la mañana unos pastores llegaron a las cercanías de Belén con sus rebaños. Eran hombres rústicos, pero muy piadosos. Leían los textos sagrados y reverenciaban a Dios, obedeciendo sus leyes.

Aquella noche se adormecieron hablando de sus rebaños, y uno de ellos se quedó para vigilar. Hacia medianoche un frío le invadió y del cielo desaparecieron todas las estrellas. Pero un resplandor vivísimo iluminaba el lugar donde se encontraban los pastores.

Lleno de miedo, el hombre gritó:

-¡Despertad!

Los demás pastores se levantaron y echaron mano a sus armas, diciendo:

-¿Qué pasa?

Cegados por el vivo resplandor cayeron al suelo llenos de terror. Poco a poco alzaron los ojos y vieron a un ser vestido de blanco, con un par de alas brillantes y en la frente una estrella resplandeciente.

Los pastores comprendieron que aquella era una señal de Dios y se tranquilizaron. Una voz suave salió del ángel, que les dijo:

-En la ciudad de David ha nacido un Salvador, que es el Cristo. Encontraréis al Niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

Y mientras tanto, un coro celestial entonaba una canción, que decía:

-Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad.

Desapareció el ángel elevando sus alas y subiendo a las alturas, pero las voces seguían cantando. Cuando los pastores se recobraron hablaron entre sí:

-Era el arcángel Gabriel.

-Cristo ha nacido y hemos de ir a adorarle.

-Vámonos ya. La ciudad de David es Belén.

-Dios cuidará de los rebaños.

Los pastores llegaron a la posada y allí el portero no les dejaba pasar. Pero ellos dijeron:

-Déjenos entrar, porque estamos buscando al Cristo, que acaba de nacer.

El portero les dejó pasar al fin, y llegaron a la cueva. José, al verles llegar, les dijo:

-Este es el Niño.

-¿Dónde está la madre?

Una de las mujeres puso al Niño en brazos de María, que lo acunó. Los pastores se arrodillaron y adoraron al recién nacido.

La noticia de que el Cristo había nacido en Belén se extendió con toda rapidez por la ciudad. Unos iban a verle creyendo, pero otros se reían de la historia.

A los once días del nacimiento del Niño llegaron a Jerusalén los tres hombres que se encontraron en el desierto. Llamaban la atención poderosamente, pues aunque esta ciudad estaba acostumbrada a recibir en su seno personas de todos los países y categorías, los Magos no podían pasar desapercibidos.

Montados en sus dromedarios blancos y vestidos ricamente, parecían personas de leyenda. Al llegar a la puerta de la muralla preguntaron a un guardián.

-La paz sea contigo. Venimos a buscar al nacido Rey de los judíos. ¿Dónde podemos encontrarle?

-Aquí sólo está Herodes, es el rey de los judíos.

-No me refiero a él.

-Pues aquí no hay otro; pero yo no soy judío. Pregunta más adelante.

Y los tres Magos se dirigieron a la posada para dormir en ella.

VIII

Mucha gente en Belén hablaba del Niño recién nacido, al que llamaban Cristo. Incluso el rey Herodes había oído hablar de él, y preguntó a sus sabios dónde, según las Escrituras, tenía que nacer el Redentor. El venerable Hillel, acompañado por todos los demás sabios, se acercó a Herodes:

-¡Oh, rey, la paz sea contigo! El profeta escribió que Cristo ha de nacer en Belén de Judea.

El rey Herodes, al saber la respuesta, se retiró a sus habitaciones.

Poco después, y aunque la noche era avanzada, un mensajero llegó a la posada preguntando por los tres Magos.

-Os traigo un mensaje del rey Herodes; quiere veros en privado en su palacio.

-Te acompañaremos inmediatamente -dijeron los Magos.

Al llegar al palacio de Herodes un guía les condujo hasta lo alto de una torre y, señalándoles una puerta, les indicó que entrasen.

La estancia era suntuosa, con un fin de riquezas en diferentes objetos. El rey estaba sentado en un trono y les indicó a los Magos que se acercasen.

-Tomad asiento. Decidme quienes sois y de dónde procedéis.

Los tres sabios contaron su historia, y al terminar, Herodes preguntó:

-Me han dicho que venís buscando al rey de los judíos. Y yo soy el rey.

-No; hay uno que acaba de nacer -dijo Baltasar-, y que vendrá a salvar a los hombres de su maldad. Y queremos saber dónde se encuentra para adorarle.

-Bien, pues yo no me interpondré en vuestro camino. Pero hacedme un favor; en cuanto encontréis a ese Rey venid a comunicarme dónde se halla, pues tengo interés en verle yo también.

Y dando por terminada la audiencia, despidió a los Magos. Estos salían del palacio lentamente, cuando vieron en el cielo una estrella de singular claridad y potencia, que se movía en dirección a la posada.

Llenos de emoción, la siguieron.

El portero de la posada estaba en la puerta de la misma, cuando vio también el extraño resplandor de una estrella que se acercaba al edificio, y se posaba sobre él. Comenzó a gritar y toda la gente se despertó a ver qué ocurría.

En aquel momento llegaban los Magos, y preguntaron:

-¿Hay aquí un niño recién nacido?

-Sí.

-¡Enseñádnoslo!

Y apresuradamente bajaron hasta el lugar donde se encontraba el establo, y allí vieron a una mujer con un niño en los brazos.

-¿Es tuyo ese Niño? -preguntó Baltasar.

Y María, que guardaba en su corazón todas las cosas que ocurrir en torno a su Niño, dijo:

-¡Es mi Hijo!

-Los Magos cayeron en tierra y adoraron al pequeño. ¡Aquel era el Redentor del mundo!

SEGUNDA PARTE

I

Se libraban las últimas batallas entre los judíos y romanos. Herodes el Grande, rey de Jerusalén, había muerto el mismo año en que nació el Niño y dejó su territorio a sus tres hijos: Antipas, Filipo y Arquelao. Pero el emperador Augusto, en vista de la ineptitud de este último, lo depuso y colocó en su lugar a un funcionario de segundo grado, lo cual aumentó el descontento del pueblo judío.

Además, a Jerusalén le fue anexionada la tierra de Samaria, a la que tanto odiaban. Pero los romanos habían comprobado con la experiencia que el pueblo judío, tan poco manejable y orgulloso, soportaba resignadamente todo tipo de injusticias y dominaciones, si se les dejaba practicar libremente su religión.

Pero llegó Graco y expulsó al Sumo Sacerdote Annás y colocó en su lugar a Ismael, hijo de Fabio. Desde aquel instante, el malestar del pueblo fue aumentando; pero los romanos reforzaban las guardias y nada pasaba.

Habían ya transcurridos veintiún años desde el nacimiento del Niño. En uno de los jardines del palacio del monte Sión dos jóvenes muchachos mantienen una conversación.

Son un romano y un judío.

-¿Has dicho que el procurador llegará mañana? -preguntó el judío.

-Eso es lo que he oído decir a mi padre.

La actitud del romano, Messala, era severa y con cierta ironía remarcaba las palabras, lo cual era considerado como de suma elegancia en aquella época.

-En este mismo lugar nos despedimos hace cinco años. Tú me dijiste: «La paz del Señor sea contigo»; yo te dije: «Los dioses te acompañen.» Ha pasado el tiempo y te has convertido en un joven apuesto.

-Cinco años -dijo Judá-. Pero algo me causa dolor. Tú ya no eres el mismo. Cuando te fuiste lloré de dolor, porque te quería. Ahora pareces otro...

-¿En qué he cambiado? Cinco años en Roma influyen en la formación del niño que era. Pero explícame en qué te he podido ofender.

-Yo también he aprendido cosas en estos años, aunque HiIlel no podría resistir quizás la comparación con los sabios que tú has tenido como maestros; pero me ha enseñado que se deben amar y respetar las Sagradas Leyes de Israel. Pero Judea no es lo que fue...

-Te comprendo. Un judío es siempre un judío, pero ¿tú sabes cuántas cosas hay en el mundo que deben ser conocidas? Vosotros lo subordináis todo a la religión. La vida de un judío es dar vueltas y más vueltas.

Judá iba a levantarse, pero Messala le detuvo:

-Espera. Me han enseñado en Roma que «Eros ha muerto y Marte impera». El amor ya no significa nada; lo verdaderamente importante es la guerra. La virtud se compra y se vende. Mi futuro es ser soldado. Pero, ¿y tú? ¿Qué serás tú? Te compadezco... yo, en cambio... ¡El mundo no ha sido todavía completamente conquistado! ¡Quedan islas, montes, ciudades por dominar! Luego Roma, con sus placeres...

Judá escuchaba a su amigo con asombro mezclado de extrañeza. En su educación no estaba permitida la agresividad, ni las chanzas.

-Vamos, amigo. La verdad puede estar en una chanza igual que en una parábola. Cuando me haya enriquecido, a costa de Judea, te nombraré Sumo Sacerdote. ¡No te vayas!

-Haríamos mejor en separarnos. Tú sigues siendo un niño, yo soy un hombre y debo hablarte como tal.

-¿Por qué no quieres que me enriquezca a costa de Judea? Otros muchos lo han hecho.

-Messala, muchos se han enriquecido, y muchos han dominado la tierra, pero ¿dónde están ahora? Si echamos a otros, también os podremos echar a vosotros.

-Eres muy apasionado, Judá. Mi maestro romano hubiera estado orgulloso de tenerte como alumno. Yo voy a ser soldado, ¿por qué no lo eres tú también? Roma está dispuesta a prestarte su apoyo.

-Ya veo que eres un perfecto romano, y tú no me puedes comprender porque soy un israelita. Me he convencido de que no podremos ser amigos. Nunca más volveremos a vernos. ¡La paz del Dios de mis padres sea siempre contigo!

Messala vio cómo se alejaba el joven, y murmuró:

-¡Marte impera!

II

Judá, al despedirse de Messala, se dirigió hacia la casa de sus padres, pasando por la Puerta del Juicio, que está cerca de la Torre Antonia.

El joven llamó a la puerta y entró, sin responder casi al saludo del portero. Recorrió un largo pasillo y llegó a un patio interior en el que se veía a numerosos criados afanosos, animales domésticos y ropas puestas a secar.

Judá subió una escalinata que le condujo hasta el segundo piso, entró en una habitación y se tendió en un diván.

Al anochecer, una voz de mujer habló desde la puerta:

-Es la hora de cenar, hijo. ¿No tienes hambre?

-No.

-Tú madre ha preguntado por ti.

-¿Dónde está?

-Arriba, en las habitaciones de verano.

-No tengo hambre, pero no te preocupes, buena Amrah, sólo estoy melancólico. Tráeme algo de comer, tú que sabes mis gustos.

-Bien.

Y la mujer regresó al poco rato con una bandeja en la que había colocado un tazón de leche, pan blanco, un pastel de harina, miel y una ave asada.

A la luz de la lámpara se distinguió perfectamente la habitación, un dormitorio de estilo hebreo, con varias sillas y el diván muy bajo. También permitió ver las facciones de la mujer, de cierta edad.

Se trataba de una esclava egipcia, que a pesar de haberle sido otorgada la libertad no quiso marcharse de la casa, pues Judá era su vida. Siempre le había cuidado con el amor de una madre, y no podría vivir alejada de él.

-Amrah, ¿te acuerdas de mi amigo Messala? Hoy le he vuelto a ver.

-Nunca me gustó ese Messala.

-Ya no volveré a tener nada más que ver con él. Se ha convertido en un verdadero romano.

La madre se retiró y, después de comer algo, Judá fue a las habitaciones de su madre.

-Judá, Amrah me ha contado algo de lo que te sucede. Cuando eras un niño podías permitirte que las cosas te turbaran, pero ahora eres ya un hombre.

-Madre, Messala me ha dicho cosas nuevas para mí. ¿Qué voy a ser yo?

-Tú serás mi adalid.

La mujer hablaba en una lengua casi perdida; la lengua de Rebeca y de Raquel.

-Messala ha cambiado mucho en cinco años. Las palabras de Messala eran duras, pero la forma de pronunciarlas fueron aún más duras...

-En Roma está de moda la sátira.

-Todos los pueblos han sido orgullosos, pero los romanos lo son en grado sumo. Recuerdo que de niño, Messala se burlaba de los personajes que Herodes respetaba, pero se ha atrevido a burlarse de nuestro Dios. ¿Por qué esas burlas? ¿Es acaso nuestro pueblo inferior al suyo? ¿Por qué todo lo ciframos en la religión? ¿Por qué yo no puedo ser guerrero o dedicarme a las artes?

-Yo sólo soy una mujer y no puedo responder a tus preguntas, hijo mío. Pero mañana las expondré ante el sabio Simeón.

-También quisiera que me dieras valor, madre; porque éste es el alma de los hombres.

-Hijo, los romanos, tan orgullosos de su presente, no pueden estarlo igual de su

pasado. No se saben los orígenes de Roma. En cambio, en nosotros, existe un Libro de las Generaciones en el que están apuntados los padres e hijos durante dos mil años, desde Adán hasta ahora. Los hijos de Israel que cuidan rebaños son más nobles que los más encumbrados Marcos.

-¿Y yo, madre? ¿De dónde vengo?

-Tú procedes en línea directa de Hur, el compañero de Josué. Coge el Torah, y en el libro de los Números hallarás tú estirpe entre las setenta y dos generaciones que siguen a Adán.

-Gracias, madre, por decirme esto. Pero para que una familia sea noble, ¿basta su antigüedad?

-La preferencia de Dios es nuestro honor principal.

-Pero, madre, cuéntame más. ¿Qué hazañas ha realizado nuestra familia?

La mujer se dio cuenta de que su hijo era ya un hombre y que dependía en mucho de las palabras que ella pronunciara para que él diese una dirección a su vida.

-Bien, hijo, voy a contarte todo lo que sé; pero veo que tú Messala te ha llenado la cabeza de preocupaciones, ¿por qué no me cuentas antes todas tus preocupaciones? Así podré poner remedio a tus penas y no tendré que luchar contra un enemigo imaginario.

III

Judá contó a su madre toda la conversación con Messala, deteniéndose particularmente en el tono de desprecio y burla del joven romano.

La madre escuchó en silencio y luego dijo con gran pasión:

-Todos los pueblos se han creído igual o superior que los demás. Pero no hay una regla que permita determinar la superioridad de tal o cual nación. Los pueblos que hoy son los dominadores, quizás luego sean los oprimidos. Cierto que, a veces, el pueblo Israel ha olvidado algunas veces al Señor, pero los romanos jamás le han conocido. Tu amigo dijo que nosotros no teníamos poetas, ni músicos, ni artistas, como si no hubiese tenido nuestro pueblo grandes hombres. Pero un gran hombre es el que ama y teme a Dios y cuya vida ha sido suscitada por El.

»Pero el ser guerrero no comporta una mayor distinción. En Grecia eran más apreciados los filósofos y los poetas que los guerreros. En vez de guerras, nuestros antepasados erigieron a Dios.

»Pero el gobierno del mundo exige la guerra, por eso los romanos han hecho de ella su dios. Los romanos han copiado en todo a los griegos, excepto en la guerra, o sea, que carecen por completo de originalidad.

»Ellos ocupan los más altos lugares de nuestra patria, pero ¿por cuánto tiempo? Jamás podrán arrebatar la gloria de Judea, porque viene de Dios y brilla en lo más alto del firmamento.»

-Madre, Hillel no hubiera hablado mejor que tú. Soy de nuevo un fiel sirviente de la ley de Israel.

-La luz de la Revelación que alumbra al mundo la llevará siempre un judío. Nuestros santos padres vieron al Señor cara a cara. No resiste Júpiter la comparación con Jehová. Y en cuanto a lo que tú vas a ser, hijo...

-Madre, ¿puedo ser soldado?

-Te doy mi permiso con la condición de que sirvas a Dios y no al César.

El joven besó a su madre y se retiró a su habitación.

IV

Cuando Judá se despertó por la mañana oyó la agradable voz de su hermana que cantaba una canción griega en su misma habitación. Los rasgos de la niña eran muy parecidos a los de su hermano, de clara estirpe judía. Tenía quince años y un rostro todavía infantil.

-Es muy bonita, Tirzah.

-¿La canción?

-Y quien la canta. ¿Sabes alguna otra canción tan bonita como ésta?

-Muchas. Pero escúchame ahora. He venido porque Amrah me ha dicho que estabas enfermo. Tengo un anillo de nuestra familia que cura las enfermedades mediante un sortilegio árabe. Amrah conoce muchos sortilegios egipcios, pero yo no creo en ellos.

-No creo en los amuletos.

Entró Amrah con la bandeja y dejó un recipiente con agua. Mientras los hermanos se lavaban los dedos, dijo Judá:

-Tirzah, voy a marcharme.

-¿Dónde?

-A Roma.

-Yo iré contigo!

-No, no. Alguien debe quedarse a cuidar a nuestra madre, sino se moriría de pena. Allí aprenderé a ser soldado, pero no temas, no voy a servir al César, sino que Roma me enseñará a ser soldado para luego poder combatir contra ella.

-¡Somos tan felices! ¡Quédate, hermano!

-No, debo irme. También tú irás un día. En cuanto algún

príncipe de Judea venga a pedirnos a nuestra querida Tirzah. Se oyó en aquel momento en la calle una marcha militar.

El joven se levantó:

-Son los soldados del Pretorio.

Y ambos hermanos salieron a la terraza, apoyándose en la balaustrada para ver pasar a los soldados. Todo el despliegue romano ofrecía una particular fascinación sobre el joven Judá, que no se dio casi cuenta de que su hermana se hallaba a su lado.

El oficial que iba al frente de la marcha era Valerio Graco, y el pueblo le lanzaba injurias a cada paso, incluso le tiraban sandalias.

Judá se inclinó un poco más para ver mejor, cuando una teja de la balaustrada se desprendió. Judá gritó con todas sus fuerzas y los legionarios miraron hacia arriba. La teja cayó sobre la cabeza del procurador, que cayó desvanecido en el suelo.

-Tirzah, ¿qué va a ser ahora de nosotros?

Judá se volvió a asomar y vio que el procurador se levantaba.

-Gracias a Dios que no le he matado. Voy a bajar y les explicaré lo ocurrido.

Pero al iniciar el descenso por las escaleras oyeron gritos. Los soldados estaban asesinando a los criados y apresando a la madre y a las demás mujeres de la casa.

Al llegar abajo cogieron también a la hermana. Messala estaba allí, señalándole con el dedo:

-Este ha sido el que ha tirado la teja. Esta es su madre y aquella su hermana.

-Messala, por recuerdo a nuestra infancia, ten piedad de nosotros -dijo Judá.

El procurador dijo:

-Pero es casi un niño. No puede ser el asesino.

-¿Desde cuándo hay que ser viejo para poder asesinar? -dijo Messala.

Se llevaron a las mujeres a la Torre Antonia, mientras ataban las manos a Judá.

Un castigo ejemplar para una de las familias más aristocráticas de Judea podría ser un motivo para que las demás no trataran de atacar al gran jerarco romano.

Amrah se abrazó a las rodillas de Judá, pero al ser apartada bruscamente por los soldados entró en la saqueada casa.

-¡Dejadla que muera de hambre si quiere! Vamos a sellar la puerta.

Se organizó la comitiva. El procurador iba en cabeza dispuesto a pensar en la suerte de los prisioneros.

V

Un emisario selló a la mañana siguiente la casa de Hur, con un letrero que ponía: «Es propiedad del Emperador.Una decuria de soldados romanos arrastraban a un joven prisionero hacia Nazareth. Al llegar al pozo para que bebieran los caballos, las mujeres que se hallaban en él comentaban entre sí:

-¿Quién será este joven?

-Es judío.

-Preguntémosle a José.

Fueron a buscar a José, el carpintero. Este acudió y dirigiéndose a un soldado le preguntó:

-¿Quién es este hombre y por qué le lleváis preso?

-Es Ben-Hur. Su padre vivió en tiempos de Herodes. Intentó matar a Graco. Ha sido condenado a galeras para toda la vida.

Un joven que había llegado con José se acercó con suavidad al joven prisionero. Llenó un cántaro de agua y se lo dio a beber.

Nadie osó detenerle. Cuando los soldados hubieron calmado su sed y emprendieron de nuevo la marcha, algo había en ellos que les hizo modificar el tratamiento que hasta entonces habían dado al prisionero.

Así se produjo el primer encuentro entre Judá y el Hijo de María.

TERCERA PARTE

I

Unos soldados que se hallaban en un puerto cerca de Nápoles brindaban por la suerte de un amigo, Quinto Arrio, que había recibido órdenes del César para embarcarse hacia Oriente, y combatir a los piratas del Egeo como capitán de las naves.

-Amigos -dijo Quinto Arrio-, voy a subir pronto a bordo para Sicilia. Rogad a los

dioses por mí.

Y diciendo esto subió a la embarcación, que era de la clase llamada naves libúrnicas. Tenía ciento veinte remos que impulsaban a la galera.

Quinto Arrio era hombre que había vivido mucho tiempo en el mar, por eso no se tomó descanso hasta que hubo visitado todas las dependencias del barco. Se dirigió en primer lugar al hortator, que era el jefe de los remeros, y le preguntó si contaba con mucha gente.

-Son doscientos cincuenta y dos remeros, más diez supernumerarios. Los turnos están establecidos para cada dos horas.

-Esto es duro para los remeros, pues no pueden descansar ni de día ni de noche. Lo reformaré.

Arrio era un hombre prudente, que confiaba más en su precaución que en la ayuda de los dioses. El piloto de la galera fue de su agrado, y el tribuno se dedicaba a observar el mar, los remeros y los trabajos que realizaban los marineros a bordo.

Los remeros no podían hablar entre sí mientras trabajaban. Las horas que tenían de descanso las dedicaban siempre a dormir. No reían, ni hablaban. El trabajo era duro, que muchos no sobrevivían varios años.

El remo embrutecía la mente y desarrollaba de una forma exagerada los miembros. Soportaban con indiferencia las mayores vejaciones. Llegaban a olvidar que eran seres humanos.

Una noche se hallaba Quinto Arrio observando a estos hombres, cuando se fijó en uno muy joven, de miembros extrañamente perfectos. El muchacho se volvió en aquel momento y el tribuno pudo darse cuenta de que se trataba de un judío.

-Este joven tiene alma. Los judíos no son unos bárbaros.

II

Era el cuarto día de viaje, Arrio vigilaba como navegaba el barco, pero pensaba frecuentemente en el judío remero. Fue a preguntarle al hortator si le conocía bien.

-Sólo sé que es un hombre obediente. Sólo me pidió un favor cuando llegó, y es que le cambiara alternativamente de lado, porque había observado que los que remaban siempre con el mismo brazo se deforman.

-¡Es original! ¿Y qué más sabes de él?

-Que es el más limpio de todos.

-Mándamela par la tarde a cubierta, y que venga sala. Par la tarde, Judá se presentó ante el noble tribuna. -El hortator me ha dicha que eres su mejor remera. -El jefe es muy amable. Pueda sobrevivir gracias a mi espíritu, que es la que sostiene al hambre.

-Se nata par tu forma de expresarte que eres de Israel.

-Antes de que existieran las romanos, mis antepasadas eran ya hebreas.

-Tienes un orgullo de raza.

-Soy judía.

-Nunca he estada en Jerusalén, pera he oído hablar de sus príncipes. ¿Quiénes eran tus padres?

-Procedo de la familia de Hur. Mi padre se llamaba Ithamar. Su nombre era conocido y respetada en las salas de Augusta. Me acusaran de querer asesinar a Valerio Graco.

-En Rama se comentó el suceso. ¿Pera tú eres el asesina? -exclamó sorprendido

Arrio.

-Jura que soy inocente. Pera, ¡ah, noble tribuna!, ya quisiera saber qué ha sida de mi madre y de mi hermana durante estas últimas tres años. No sé nada de ellas, se las llevaran y a mí, sin juicio ni defensa, me llevaran a galeras.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Ya estaba en la terraza viendo pasar a las saldadas. Era un niña todavía. Se desprendió una teja de la balaustrada y me acusaran de querer asesinar al procurador.

-¿Qué fue de tu familia?

-No la sé, se las llevaran y jamás he vuelta a saber nada de ellas. Par favor, si sabes alga, dímela.

-Ya es bastante. Vuelve a tu sitia.

Mientras Judá se alejaba, el tribuna admiró la proporción de las miembros del joven, pensando que era muy educada para el circo.

-¡Espera! -le detuvo Arrio-. ¿Qué quisieras ser si te vieras libre?

-Saldada.

El romano despidió a Ben-Hur, pera en el alma de éste había anidada ya la esperanza.

III

En la bahía de Antemona se reunieran cien galeras, las cuales iban a luchar contra las piratas que tenían atemorizada la casta de Euxino. Su manda se había encargada a Quinta Arrio.

El tribuna empleó un día entera en supervisarlas y se hallaba muy contento, pues al parecer, las piratas, atemorizados, se estaban resguardando en unas aguas que harían fácil su captura.

Las galeras se hicieran a la mar en la fecha prevista, dirigiéndose hacia donde, según noticias, se encontraban las piratas. Les avistaran paca después.

Todos las remeras estaban atadas can cadenas al banca; todos excepto Ben-Hur, puesta que el tribuna había recomendado al hortator que no se les colocara.

Era de noche cuando se les dio a las remeras la señal de que se detuvieran. A buen segura la batalla estaba próxima. A una señal determinada comenzó la batalla.

Ben-Hur no temía par sí misma, sino par la vida del romano. Si éste moría, todas las esperanzas de libertad morían también. El fragor de la lucha no les daba tregua.

Gritas, fuego, sangre par doquier. Todo indicaba que la galera había sida abordada. Ben-Hur se precipitó para salvar al tribuna si podía. Todo estaba revuelta, y pacas segundas después sintió cama la cubierta del barca se abría en das.

Gracias a un golpe de mar pudo ir a parar al agua, y allí asirse a un madera. La galera se hundía irremisiblemente. Otras náufragas estaban en el agua en improvisadas balsas.

De pronto, Ben-Hur sintió que unas dedos intentaban asirse al madera que le sostenía. Un casca romano apareció en el agua, y un rastra llena de dolor y cercana a la agonía emergió par unas instantes. El judía no pudo menas de sorprenderse al reconocer el rastra. Se trataba de Quinta Arrio.

Le sujetó can fuerza y le colocó sobre el tablón. El romano parecía moribundo. Ben-Hur temía par su vida y elevó al cielo una sentida plegaria.

Pasadas unas horas la batalla había concluido. Restos de naves, cuerpos y fuego se encontraban todavía en el mar. Una nave se acercaba a lo lejos. El romano despertó al

fin.

-Me doy cuenta de que me has prestado un gran servicio, pues sin tu ayuda estaría muerto. Pero la batalla no ha terminado aún. Quisiera saber si estás dispuesto a hacerme un favor llegado el caso.

-Si no va en contra de la ley, lo haré.

-Yo fui amigo de tu padre. Le apreciaba. Toma este anillo; si muero vete a mi casa de Roma y pide lo que quieras. Pero si vivo, te recompensaré con muchas más cosas.

-Viene un barco.

-Qué bandera lleva, ¿la ves?

-No lleva ninguna.

-Entonces será pirata. Quiero que me hundas en el mar si han ganado los piratas. Un romano no puede sobrevivir a su derrota.

-No lo haré, duunviro. Esto va en contra de la ley. Pero mira, ¡envían hombres a la galera semihundida!

-¡Esto quiere decir que son romanos! ¡Un pirata no obraría de ese modo! ¡Estamos salvados!

Los náufragos fueros salvados y Arrio recibido con gran júbilo en el puerto de Miseno; la batalla había resultado un éxito contra los piratas. Arrio presentó a Ben-Hur:

-Amigos, éste es mi hijo y heredero. Tratadle como si de mí se tratara.

CUARTA PARTE

I

Nos hallamos en el año veintinueve de Jesucristo, y en la ciudad de Antioquía. Una galera desciende por el río Orontes; entre los pasajeros se encuentra Ben-Hur. Es ya un hombre, cortés y reservado, y vestido con gran elegancia.

Otro viajero era un anciano israelita, que en seguida trabó conversación con el joven Hur.

Los viajeros conversaban entre sí, hasta que se formó un grupo que escuchaba con atención las historias del anciano:

-Este barco lleva una bandera que indica su propietario, un tal Simónides, que se enriqueció con fortuna ajena. Vivía años atrás en Jerusalén la familia de los Hur. El padre fue un famoso comerciante, pero la mala suerte cayó sobre la familia, hasta el punto que hoy en día están todos muertos. Un joven intentó matar a un procurador romano y fue apresado y conducido a galeras, donde ya debe haber perecido. La madre y la hermana han desaparecido.

»El tal Simónides se apropió de todas las tierras, animales y comercios. El dinero no lo pudo encontrar, y aunque le han sometido a tormento dos veces jura no haberlo encontrado. Ahora le han dado una licencia para comerciar firmada por el propio Tiberio. Simónides había sido el agente del príncipe en Antioquía y supo aprovechar la ocasión. Ahora, a causa de los tormentos, no tiene un hueso sano y yace entre cojines.»

A Judá le impresionó este relato y se retiró a su departamento para reflexionar.

Cuando llegaron a Antioquía, el joven hebreo, antes de despedirse del anciano, le

preguntó dónde podría hallar a Simónides.

-Vive al final del puente, en un edificio que parece una de las torres de la muralla; como toda la flota es suya vive muy cerca del muelle para vigilarla.

A la mañana siguiente Ben-Hur se dirigió hacia la casa de Simónides. Penetró en ella y vio a un anciano sentado entre almohadones, y a su lado una hermosa joven.

-Si eres Simónides que la paz sea contigo.

-Lo soy; te devuelvo la paz que me has traído.

-Yo soy Judá, hijo de lthamar, de la casa de los Hur. Simónides, estoy impaciente. Mi padre tenía un servidor y ese eres tú.

-Soy un anciano y no tengo mas que dos cosas en la vida a las que adoro: mi hija Esther y el recuerdo de una familia a la que amaba. ¿Qué pruebas tienes de que eres el que dices?

Ben-Hur se dio cuenta de que habían pasado muchos años y de que nadie le conocía ya.

-Voy a contarte mi historia. Pero te digo que no he venido en busca de mi fortuna, sino para saber algo de mi madre y de mi hermana. Durante estos últimos cinco años he vivido en Roma, y me he ejercitado en las armas. No tengo otro medio de demostrarte quien soy que mis palabras.

El israelita contó su historia brevemente, y al finalizar, el mercader le comunicó que no sabía nada de su madre y de su hermana, pero le dio a entender al mismo tiempo que no creía por completo en la identidad del joven.

Este se despidió con tristeza.

En cuanto el joven se marchó, Simónides atrajo hacia sí a su hija Esther y empezó a hablarla:

-Querida hija; sabes que tú eres la luz de mi vida y mi mayor alegría. Voy a contarte algo que jamás te había dicho. Yo nací esclavo y me compró en mi infancia un hombre judío llamado Ithamar. Serví con él seis años y al séptimo me liberó, según la costumbre. Pero yo me enamoré perdidamente de tu madre, Raquel, mi adorada, que servía como criada en casa de los Hur.

»Ella me pidió que entrase de nuevo como esclavo en aquella casa para poder seguir ambos sirviendo a los Hur. Yo dudé, pero tan grande era mi amor, que al fin accedí. El señor lthamar me envió entonces a Antioquía para vigilar su fortuna en este lugar.

»Corrí a Jerusalén en cuanto me enteré de la desgracia que ya has oído contar a ese desconocido, para ver si podía hacer algo; pero llegué demasiado tarde. Entonces sufrí tortura, pues Graco quería que le cediera todas las mercancías de la familia Hur firmándole una letra.

»Resistí todas las torturas a las que fui sometido y cuando volví encontré a mi amada Raquel muerta por el sufrimiento. Después conseguí el permiso del Emperador para comerciar con todo el mundo, y ahora que ya se acerca la hora de mi muerte, ¿qué voy a hacer con estos tesoros?»

-¿Pero no ha venido su legítimo dueño a reclamarlos, padre mío?

-Pero es que no estoy seguro todavía de que sea quien dice que es. Tentado he estado de ofrecerle su fortuna. Muchas veces he pensado en la venganza y este joven la ha mencionado veladamente. Llama a Malluch ahora.

Se fue Esther y apareció en la habitación un joven:

-Malluch: un joven alto y apuesto, vestido de romano, acaba de salir de esta casa. Hazte amigo suyo y averigua qué hace, quién es; acompáñale por la ciudad. Ven cada noche a informarme de lo que sepas, pero sobre todo que él no se entere de que yo te mando.

II

Al salir Ben-Hur de la casa del mercader Simónides, se dirigió hacia el bosque de Dafne, famoso en la ciudad. Pensaba pasear por entre los árboles y meditar.

Al llegar al mismo, se cruzó con un grupo de muchachas hermosísimas, con los rubios cabellos flotando al viento y unas túnicas casi transparentes, que cantaban y bailaban al son de las panderetas que agitaban ellas mismas.

Parejas de enamorados iban y venían por el parque. A cada

paso se hallaban estatuas griegas y pequeños templetes con sus sacerdotisas.

Ben-Hur contemplaba con tolerancia aquellas muestras paganas. Cada año, miles de personas se internaban en el bosque y se quedaban a vivir allí, sin problemas y sin querer volver a su vida pasada. ¿Tan atractiva era aquella vida? Y si la felicidad estaba al alcance de tantos seres, ¿no podría estarlo a la suya?

Pero había algo que le diferenciaba de los que vivían allí. El tenía deberes que cumplir. Tenía que averiguar dónde estaban su madre y su hermana, o al menos tener la absoluta certeza de que habían muerto.

Paseaba sumido en sus pensamientos cuando un joven se le acercó:

-La paz sea contigo.

-Gracias.

-Voy al estadio, ¿es allí donde tú te diriges?

-Amigo, soy un ignorante respecto a las costumbres de este bosque; si quieres acompañarme te lo agradeceré.

-Con mucho gusto -dijo el desconocido.

-Yo me llamo Ben-Hur, y soy hijo de Arrio, el duunviro.

-Yo me llamo Malluch, y soy mercader de Antioquía.

-Bien, vamos al estadio. Según parece hay carreras de caballos. En Roma practiqué bastante y no soy un desconocido en esta modalidad.

Llegaron al estadio, donde se encontraban nueve cuádrigas. Al llegar la novena el publicó comenzó a gritar y entusiasmado aclamaba al auriga que la conducía.

Ben-Hur vio al auriga, elegante, con movimientos graciosos y severo. Algo en él le resultaba familiar y siguió mirándole con atención, hasta que pudo al fin reconocerle. ¡El auriga era Messala!

Y por la actitud que tenía el romano, parecía que no había cambiado desde su última entrevista con Ben-Hur.

Cuando Ben-Hur y Malluch se alejaban del estadio una voz gritó a la multitud:

-Soy el jeque llderim, y os saludo. He venido desde Oriente con mis cuatro hermosos caballos. Necesitan una mano que los guíe. Propagad esta oferta. Si alguien se atreve a gobernarlos, el jeque Ilderim le hará rico.

Ambos jóvenes salieron y se adentraron por un camino bordeado de árboles, comentando los incidentes de la carrera.

Los gritos y protestas de varias personas les hicieron volverse hacia atrás; a toda velocidad venía una cuádriga, la conducida por Messala, con riesgo de atropellar a los paseantes.

-Este romano es capaz de atropellarnos -dijo Malluch, apartándose a un lado del camino.

Estaba cruzando en aquel momento el camino un camello, en cuya tienda iba un

viejo venerable y una joven hermosísima. No había tiempo apenas para evitar el desastre. Iban a ser arrollados por la cuádriga de Messala.

El romano reía a carcajadas; entonces, Ben-Hur cogió con rapidez los cabestros del camello y con un fuerte tirón le obligó a salir del camino. Pero al pasar y ante el extraño que hicieron los caballos, Messala perdió el equilibrio y cayó en el suelo, ante las carcajadas de los asistentes.

Y con toda tranquilidad se levantó y fue a ver a los ocupantes del camello.

-Os pido perdón, señores. Soy Messala. Este incidente ha servido para que las gentes se diviertan. ¡Que les aproveche! Bellísima mujer; dime si me has perdonado.

Pero la hermosa mujer dio una copa a Ben-Hur, diciéndole:

-¿Quieres acercarte y llenar la copa? Mi padre está sediento.

Messala, después de dirigir otro cumplido, se marchó hacia su cuádriga. Ben-Hur, entretanto ofreció agua al anciano, que la bebió con deleite; luego ofreció la copa al joven diciéndole:

-Quédate esta copa; está llena de bendiciones para ti. Me llamo Baltasar. Vivo en las tiendas de llderim, el generoso; ven a vernos.

III

Malluch estaba sorprendido de que Ben-Hur tuviese por padre a Arrio, el romano, pero el mismo judío tuvo a bien explicarle su historia; al terminar, Malluch le dijo:

-Me asombra que no hayas matado a ese Messala en este mismo momento.

-Messala no me ha reconocido, y un romano muerto se lleva sus secretos a la tumba. Yo quiero humillarle, no quiero su muerte. Si me ayudas, quizás lo logre.

-Te daré el juramento que quieras -dijo Malluch que estaba sintiendo honda simpatía por Ben-Hur.

-No, dame tu mano; eso bastará. ¿Estamos muy lejos de las tiendas del jeque llderim?

-Sus tiendas se hallan en el bosque de las Palmeras.

-¿Se celebran juegos a menudo en Antioquía?

-Desde luego; el circo de esta ciudad es el segundo después del Máximo que hay en Roma. El cónsul Magencio ha sido atraído a esta ciudad gracias a los juegos que el prefecto ha organizado. Se ha abierto el circo ya, anunciando un gran festival con premios muy cuantiosos.

-¿Correrá Messala en las carreras?

Malluch comprendió la idea de Ben-Hur.

-Desde luego, su nombre está en todas las tablillas de apuestas, y, además, tú mismo has visto como cada día viene a entrenarse. Pero, ¿tú sabes correr?

-El mismo emperador de Roma me propuso correr en las carreras del campeonato del mundo; pero no accedí porque me parecía que eso empañaría el nombre de mi padre. Correr en las palestras es una cosa, y en el circo es otra. Pero ahora no voy a correr pensando en eso; sólo quiero humillar a mi enemigo. La ley permite la venganza.

Ambos jóvenes fueron a buscar dos camellos, a cuyos lomos se encaminaron hacia las tiendas del jeque liderim, pues BenHur quería pedirle sus rápidos y hermosos caballos para correr en la sensacional carrera.

Dos horas más tarde llegaron al bosque de las Palmeras. Era éste un lugar paradisíaco. Unas niñas que llevaban cestas de dátiles les salieron al encuentro y se las

ofrecieron. Al mismo tiempo, un hombre que estaba encaramado a lo alto de una palmera, les gritó:

-La paz sea con vosotros.

Agradablemente sorprendidos por estas cosas siguieron penetrando en el bosque donde se hallaban las tiendas, mientras Malluch contó una historia que había oído explicar al propio jeque.

-Me hallaba en casa de Simónides, el comerciante, que me honra con su confianza, y fue el jeque a visitarle; allí le contó una historia referente a tres hombres que se reunieron en el desierto para ir hasta Belén, donde adoraron a un Niño.

Malluch contó la historia con todo detalle; historia que fue muy del agrado de Ben-Hur.

Cuando estaban próximos a la tienda principal vieron al mismo jeque liderim, que también llegaba en aquel momento. Tras él iban los cuatro hermosos caballos árabes.

El árabe les invitó a entrar en su tienda y les obsequió convinos deliciosos y frutas. Saludó cordialmente a Malluch, a quien conocía, y éste le llevó aparte un momento. Al regresar habló con Ben-Hur.

-He hecho 'por ti cuanto he podido. Mañana te dejará guiar sus caballos. Ahora debo volver a Antioquía. Volveré a verte mañana y te acompañaré hasta el día de los juegos. La paz sea contigo.

Y Malluch se marchó.

IV

Era ya de noche, y Simónides, acompañado de su hija Esther, se hallaba sentado, cenando. Se preguntaba si Malluch iba a volver. En caso de que el desconocido hubiera embarcado o se hubiera adentrado en el desierto, Malluch habría ido tras él.

-Querida hija, espero que venga Malluch trayéndome noticias sobre ese joven. ¿Sigues pensando que debería dárselo todo? ¡Qué afortunados son algunos, que consiguen inmensas riquezas sin haber hecho nada para conseguirlas! Pero, ¿y si nos convierte en esclavos? ¿Qué será de ti, hija mía?

-Padre, yo confío en que nos dará la libertad inmediatamente, y que no nos abandonará en la desgracia.

Llegó Malluch en aquel momento, y el joven relató con todo detalle lo acaecido durante aquel día, reiterando el deseo del joven por participar en los juegos del circo para humillar a su enemigo.

-Bien, Malluch. Mañana a primera hora vuelves de nuevo al bosque de las Palmeras. Pero antes ven a verme, que te daré una carta para el jeque llderim.

Malluch se fue a descansar, y el viejo quedó a solas con su hija.

-Dios es bueno para mí, hija. Me manda en estos momentos a un joven que puede ser nuestra esperanza. Además, el Rey ha nacido, según dijo Baltasar; él le vio cuando era sólo un recién nacido. Pronto estará con nosotros, y veremos como el imperio romano se derrumba. Cuando venga el Rey necesitará hombres y dinero. ¡Y yo pienso que ese será mi camino y el del nuevo amo!

-Padre, envía a buscarle para que no vaya al circo.

Simónides entrevió que su hija, a pesar de tener sólo dieciséis años, había conocido ya la atracción por este joven apuesto que había llegado aquella misma mañana a su casa.

Temió verse abandonado, porque quizás aquel joven, además de todas las riquezas, se llevase también a la adorada hija de su alma; pero Esther dijo al punto:

-Padre, no temas. Encuentro bello a ese joven, y me es muy agradable; pero todo amor no correspondido es imperfecto. Además, yo seguiré siendo siempre tu hija y te cuidaré toda la vida, ocurra lo que ocurra, y aunque encuentre el amor

-¡Esther, eres la mejor de las hijas!

V

Enfrente de la casa de Simónides había un suntuoso palacio de estilo romano, construido por un arquitecto más amigo de lo suntuoso que de lo clásico. Dentro había un buen número de jóvenes vestidos al estilo romano, jugando a los dados.

Esperaban la llegada de Magencio, que venía a ver los juegos. Los militares estaban impacientes por verle.

Los jóvenes pasaban el rato como podían; poco después entró uno ataviado demasiado elegantemente para ser tan joven. Se abrió paso al verle, los presentes le aclamaron:

-¡Messala! ¡Messala!

El romano gritó:

-¿Quién es el más perfecto entre los dioses inmortales? ¿Quién administra justicia en todas las naciones? ¡El romano!

- ¡Sí! ¡Sí! -dijeron los presentes.

-Pero hay alguien mejor que el romano. ¡Júpiter! Pero es que en él se mezcla lo oriental y lo romano. Lo mejor que hay en este mundo es Roma. ¡Y la fortuna! ¡Juguemos, amigos!

Y se puso a jugar a los dados, lanzando atrevidas apuestas. Druso preguntó de pronto a Messala:

-¿Conoces a Quinto Arrio?

-¿Al duunviro?

-No, a su hijo.

-Creí que no tenía familia.

-Arrio se fue a Oriente para combatir con los piratas y volvió con un joven, al que proclamó su hijo. Se dice que estaba en las galeras, y que salvó la vida a Arrio. Es un joven atractivo y el emperador le ofreció sus favores, pero él los rechazó. Al morir Arrio ha heredado una gran fortuna.

-¿Y qué?

-¿Recuerdas al joven que te ha hecho caer hoy? Pues era él. Una extraña mezcla de judío y romano.

Messala se intrigó; pero no tuvo mucho tiempo para refle-

xionar, puesto que entraron en aquel momento unos esclavos llevando bandejas de comida.

-¡Amigos! -gritó el romano-. Vamos a convertir la espera de Magencio en una bacanal.

Y se lanzaron a la orgía con frenesí, coronando al final al más ebrio de todos.

VI

La vida del jeque era sencilla, como tenían por costumbre los antepasados del mismo, a pesar de que era un hombre tan importante como un monarca imperial.

-Pasa y siéntate, extranjero. Según se dice, la mejor promesa de una larga vida es tener fuerte apetito. ¿Tienes hambre?

-Yo viviré cien años, pues tengo un gran apetito. Me creo en la obligación de decirte que no soy romano, sino judío. Mis antepasados nacieron en la tribu de Judá, y tengo una deuda con Roma mayor que la tuya, cuando los romanos te usurparon

tus riquezas. Te digo más: si me das los medios para vengarme, la gloria y el dinero de la carrera serán tuyos.

-Bien, te creo con toda mi alma. Te daré mis caballos si sabes manejarlos. ¿Tienes experiencia en esta clase de carreras? Te hablo de mis caballos, que son pura sensibilidad.

Ilderim mandó traer los caballos, que entraron sumisos y se acercaron a su amo. El jeque les acarició con amor:

-Mirad estos caballos, amigo. Les quiero como a unos hijos. Nunca han sido alcanzados si les perseguían, y siempre han alcanzado a su presa. Mis antepasados tenían la costumbre de apuntar el nombre de todas las personas que nacían; esta costumbre se extendió también a los caballos. Estos son de una raza purísima, venida de los dones del mismo Dios.

-Comprendo ahora el amor que tienen los árabes por los caballos. Pero tengo que decirte una cosa; yo aprendía mucho de mis maestros romanos, y sé que, aunque los caballos sean muy buenos, hay que disponerlos adecuadamente en la cuádriga, pues siempre hay alguno que dirige, y otro que es el más lento. Por eso es preciso probarlos y colocarles en el lugar adecuado.

-Ya veo que sabes, amigo. Mis caballos serán para ti. Y ahora a cenar, que Baltasar nos estará esperando.

Se dirigieron a la tienda donde se hallaba dispuesta la cena, y recibieron a un anciano con amplia túnica negra que impresionó vivamente al joven. Era Baltasar.

Durante la cena Ben-Hur no pudo por menos que mirar ensimismado varias veces el rostro de aquel hombre, como queriendo desentrañar el misterio que parecía ocultar tras sus arrugas.

-Este es, ¡oh, Baltasar!, el joven que va a compartir nuestra cena esta noche. Mañana probará mis caballos, y, si la prueba resulta satisfactoria, correrá con ellos en el circo.

-Esta mañana, un joven muy parecido a éste, si no es el mismo, me salvó de la muerte al evitar que me atropellara una cuádriga, cuando todos huían.

-Señor -repuso Ben-Hur-, lo único que hice fue evitar un encuentro entre los caballos y tu camello blanco. Tu hija me regaló una copa.

-¡Cómo! -dijo el jeque-. ¿Y por qué no me habías dicho esto? ¿No sabes que la mejor recomendación para llegar hasta mí era tu acción en favor de mi amigo Baltasar?

-Yo hice este acto desinteresadamente, como lo hubiera hecho para el más humilde de tus siervos.

Los presentes vieron en esta afirmación un alma noble y hermosa. Se sentaron en el suelo, alrededor de un mantel sobre el cual se hallaban los diversos manjares que constituían la cena. Sólo leche, miel, mantequilla, quesos, verduras y pan.

¿De qué hablarían un judío, un árabe y un egipcio sentados en la misma mesa?

VII

Durante la cena Baltasar refirió la historia que le había acaecido junto con los otros dos sabios llegados de lejanos países, y el encuentro con el Niño guiados por una estrella.

Ben-Hur, que había vivido durante cinco años el ambiente de Roma, donde se rendía un exasperado culto al placer y se adoraba a montones de dioses, se sintió particularmente impresionado por el relato. ¡El Mesías vivía! ¿Cuál sería su misión?

Esta pregunta le fue formulada a Baltasar por el apasionado judío.

-¡Ojalá pudiera responder a tu pregunta! Yo confío con todas mis fuerzas en que el Mesías esté vivo, aunque no es imposible que muriera en la matanza que ordenó el rey Herodes al año siguiente de nacer el Niño, en la que degollaron a todos los varones menores de un año.

»Su misión será la de redimir a los hombres. Pero su Redención no puede ser un motivo político, sino espiritual. No se tratará de poner el mando en manos de unos u otros, sino que salvará las almas. Su título «Rey de los judíos» es simbólico.

»Y ahora me voy a dormir; buenas noches. Mañana, buen jeque, iré a la ciudad, pues mi hija quiere ver los preparativos de los juegos. Ya nos volveremos a ver, joven judío.»

Y Baltasar se retiró ante la admiración de los dos hombres. Ben-Hur pidió permiso al jeque para pasear por las orillas del lago, pues había oído cosas extraordinarias y deseaba meditar sobre ellas.

Ben-Hur meditaba acerca de su futuro. Pensaba obtener la graduación de capitán, y entonces organizar la revuelta en su pueblo. Pero, ¿qué motivo daría para que los hombres se sublevaran? Muchas veces había pensado en ello.

La causa de tal lucha era liberarse del yugo romano, pero ¿y el objetivo? Quizás una incierta idea de unidad nacional. Ben-Hur conocía bien el inmenso poder de los romanos en la guerra. Puede que hubiera judíos que se le unieran con valor. Pero, ¿y la disciplina?

A pesar de haber meditado tanto sobre estas ideas, al fin había desistido en intentar llevarlas a la práctica, y confiar el futuro a los designios de Dios; pero las revelaciones de Baltasar le habían sumido de nuevo en el ensueño.

¡Iba a venir un Rey, tras el cual, todos los judíos se sublevarían! El sería un guerrero como David y un sabio como Salomón, y el imperio romano se estrellaría contra su sapiencia. Pero algo le hacía dudar. Baltasar había dicho que el Reino de este Mesías no era de este mundo, y que vendría a salvar las almas.

Sumido estaba en sus pensamientos, cuando una voz le dijo:

-Has oído lo que ha contado Baltasar, pero te prevengo que antes de formarte una opinión escuches a Simónides, el buen comerciante de Antioquía; él te leerá los escritos de los profetas.

Era el jeque Ilderim quien había hablado de esta manera. Otra vez el nombre de Simónides. Pero, ¿qué podía esperar de un hombre que no quería devolverle lo que era suyo?

Una voz que cantaba armoniosamente le distrajo por unos momentos. La bellísima hija de Baltasar cantaba canciones del desierto. Ben-Hur la reconoció y recordó su hermoso rostro y su gracia inigualable.

Pero casi inmediatamente otro rostro, más aniñado, aunque igualmente bello, le vino a la memoria. El rostro de Esther, la hija de Simónides.

Y Ben-Hur sintió que dentro de su corazón nacía el amor; pero el recuerdo de las dos se mezclaba en su corazón.

QUINTA PARTE

I

Messala se despertó a la mañana siguiente rodeado por los jóvenes patricios que habían participado junto a él en la bacanal de la noche anterior.

Se levantó y después de arreglarse el vestido salió del palacio y marchó hacia su residencia, donde escribió una carta a Valerio Graco, en la que le comunicaba lo siguiente:

Messala a Graco:

Te escribo con el propósito de referirte algunos hecho acaecidos últimamente en la ciudad de Antioquía, que creo no deben serte ajenos. Permíteme que en primer lugar te refresque la memoria.

Hace unos años, en Jerusalén sufriste un atentado. Por si tu memoria flaquea, mírate la cicatriz de la cabeza, que te ayudara a refrescarla. Como bien sabes, tú dispusiste de la familia Hur y determinamos ambos que la muerte terminara con toda posibilidad de complicación futura.

Y he aquí que el joven que enviamos a galeras, el cual ya suponía muerto hace cinco años, teniendo en cuenta la vida media de un galeote, ha aparecido hace unos días en Antioquía, lleno de vida y de fortuna.

Según me han contado, en la batalla donde Arrio alcanzó el duunvirato, Ben-Hur le salvó la vida y aquel le nombró heredero universal de su fortuna y posesiones.

Y he aquí que Ben-Hur vuelve lleno de riquezas y con la ciudadanía romana, lo que le coloca fuera de nuestros ataques.

Tú sabrás qué hiciste de la madre y de la hermana. Y también es probable que este judío venga en busca de venganza, lo cual sería terrible para nosotros, dado que nuestra asignación aprobada por el César de la fortuna de los Hur pudiera verse mermada.

He pasado estos años disfrutando alegremente de los sestercios que me corresponden y no querría perderlos.

Esperando que me comuniques tus órdenes al respecto, me despido de mi valioso maestro. Messala.»

A la misma hora que el correo se llevaba el mensaje de Messala Ben-Hur entró en la tienda de Ilderim. -¡La paz sea contigo, jeque!

-Y contigo, hijo de Arrio. Los caballos están dispuestos.

-¿Están uncidos?

-Todavía no.

-Pues déjame que yo los unza, porque a los caballos hay que conocerles y llamarles por su nombre; castigarles cuando no obedecen y tratarles con cariño cuando han obrado bien.

-¿Quieres el carro?

-No, no, prefiero un caballo; pero tiene que ser fuerte y ligero como los cuatro que tienes preparados.

Ilderim se levantó y ordenó a un criado que trajese a Sirio.

-Sirio es el caballo que mas adoro. Es el padre de los otros cuatro. Ha sido compañero mío durante veinte años. La madre de los caballos es Mira, y, en el desierto, mas de diez mil jinetes se preguntan cada día: «¿Cómo esta Mira?; y cuando les contestan que bien, responden: «Ala es bueno.»

-Tenéis un amor grande a los caballos. Y a las estrellas, porque estos nombres son de estrellas, ¿no es cierto?

-¿No has pasado una noche en el desierto?

-Nunca.

-Pero nosotros siempre estamos bajo las estrellas, por eso ponemos sus nombres a los animales que mas queremos. Estos son los cuatro corredores: se llaman Rige¡, Antarés, Altair y Aldebaran.

Ben-Hur montó en Sirio y con las riendas conducía a los cuatro caballos disponiéndolos de la misma forma que iban a estar en la carrera. Los caballos eran dóciles y obedecían inmediatamente las indicaciones del joven.

Estaban bien amaestrados y el judío les hizo describir, primero, grandes círculos, que estrechaba cada vez mas; luego corrieron un poco y Ben-Hur se dirigió hacia el jeque, dejando que los caballos descansaran un rato.

-En efecto, jeque liderim, son caballos magníficos. Su piel no se ha empañado de sudor y respiran tranquilamente como al principio. Algo muy grave tendría que ocurrir para que la victoria no se inclinara hacia nuestro lado.

El joven enmudeció, pues vio que se acercaba hacia ellos Baltasar, acompañado de su hija. Su corazón palpitó fuertemente al reconocerla.

Siguió luego entrenando a los caballos y les puso al galope. Era maravilloso ver como obedecían al jinete y corrían como si fueran un solo caballo.

A la media mañana llegó Malluch, que pasó desapercibido debido a que todos los ojos estaban pendientes de Ben-Hur.

-Jeque, Simónides me dice que la paz sea contigo y me ha dado esta carta, que me recomendó leyeses inmediatamente llegase a tus manos.

La carta decía lo siguiente:

«Simónides al jeque Ilderim:

La paz sea contigo, amigo mío. Has de saber que el joven que tienes instalado en tus posesiones, el hijo de Arrio, es muy querido a mi corazón. Su historia es maravillosa, y algún día te la contaré, al par que te pediré consejo acerca de él.

Guarda, por favor, secreto el interés que te manifiesto por él, y trátale bien, que yo te respondo por su persona.

Otra cosa, hoy llega Magencio a Antioquía. Siempre es malo para los que tenemos dinero y posesiones la llegada de un nuevo jefe romano. Manda a tus siervos que vigilen el sur de tus tierras, y trata de impedir que llegue cualquier mensaje fuera de tus dominios. Detén a los mensajeros romanos. Puede que sean tus enemigos.

Para las carreras tengo reservado los asientos. Ven tú, junto con tu huésped y su hija, y los demás de tu séquito que dispongas.

Que la paz sea contigo y con todos los tuyos. Simónides.« Ilderim, después de leer la carta, la dobló cuidadosamente mientras miraba como Ben-Hur resgresaba del entrenamiento.

-Buen jeque, deseo guardar ahora los caballos y volver a entrenar por la tarde.

-Lo que tú hagas me parece bien, hijo de Arrio. En dos horas les has sacado más partido que otros en varias semanas.

Al mediodía Ben-Hur saludó a Malluch y salió con él a dar un paseo alrededor del lago.

-Mi buen Malluch, quisiera hacerte un encargo. Ambos somos de la misma tribu y tenemos en común la aversión a los romanos. Mi equipaje está junto a la posada del puente Seleucis. Por favor, tráemelo aquí.

«Quisiera también que trataras de enterarte si existe alguna maquinación que pudiera perjudicarme en las carreras. Mira si mi nombre está bien escrito, tráeme un reglamento. Entérate también si Messala sigue participando y su inscripción está en regla.

«Procura que mi carro se halle al lado del de Messala durante la competición. Haz lo posible por conseguir esto. Necesito saber la altura exacta del eje de sus ruedas sobre el suelo. Messala parece muy orgulloso de su carro; averigua su peso y dimensiones.

«¿Tienes buena memoria, Malluch? Te he dado muchos encargos.«

Malluch respondió que sí la tenía, y que se ofrecía incondicionalmente para todo lo que su amigo quisiera ordenarle.

Poco después, el comerciante salió para la ciudad, mientras un mensajero árabe salía hacia el sur de Antioquía.

II

Por la noche el jeque llderim fue a la ciudad para hablar con Simónides. Ben-Hur se hallaba en su tienda, descansando. Un esclavo llegó diciéndole:

-Iras, la hija de Baltasar, te pregunta si quieres acompañarla a dar un paseo por el lago.

-Yo mismo le llevaré la contestación.

Y calzándose, Ben-Hur salió inmediatamente en busca de la bella egipcia. Estaba ella en el lago, sobre una débil barquichuela, y al remo un etíope. Miró el lugar donde le esperaba la joven.

Iba cubierta con una túnica que dejaba al desnudo sus brazos. Un chal cubría su cuello y la protegía contra el frescor de la noche. Estaba envuelta en tules vaporosos. Era la imagen de la hermosura egipcia.

-Ven, o pensaré que tienes miedo al agua -dijo ella, al ver que el judío se detenía.

-Temía echar a pique esta barquichuela. Dame el timón.

-No -repuso ella-. Fui yo quien te invité a pasear conmigo. Para mí el timón, para ti la cuádriga.

-¿Dónde me llevas?

-¿Vuelves a tener miedo? Llámame Egipto.

-Te llamas Iras.

-Piensa en mí con ese nombre, pero llámame Egipto. Es un hermoso país.

-¿Acaso vamos hacia él?

-¡Ojalá! -suspiró la muchacha-. Veo que nunca has estado en Egipto.

-No.

-Es un país maravilloso. Los pobres se contentan con las cosas más sencillas. No necesitan tantas cosas como los griegos y romanos. Todos son felices en esa tierra. Tengo un rosal que planté en mi jardín. ¿Sabes de dónde vino?

-De Persia, la patria del rosal.

-No.

-De una isla griega.

-Tampoco. Lo recogió un caminante en Judea; estaba marchito. Yo lo planté cerca del Nilo y ha florecido. Es un rosal frondoso y me demuestra su estima con sus flores de un perfume exquisito. A mi rosal le sucede lo que a los hijos de Israel. En Egipto encontraron la perfección.

-Hablas por Moisés. Pero los faraones han muerto ya.

-Sí; pero el mismo sol y el mismo río están en sus tierras.

-Cántame una canción. Anoche te oí cantar. Y la joven egipcia, con toda naturalidad, como si el cantar fuera un medio más de expresarse, comenzó a cantar una balada hindú con su voz prodigiosa.

Al terminar la canción la quilla de la barca atracó en la orilla.

-Ha sido un corto viaje -dijo Ben-Hur.

-Más corta será la parada.

Y haciendo una señal, la embarcación volvió a adentrarse en el lago.

-Hemos estado en Egipto, vamos ahora al bosque de Dafne.

-¿Sin una canción por el camino?

-No quiero cantar más, pero puedo hablarte. Dime quién es ese romano del que hoy hablaste. Qué caballos más hermosos los suyos. El carro era de oro y las ruedas de marfil. Cuando se fue las gentes reían, incluso las que estuvieron a punto de ser aplastadas por él. Debe de ser uno de esos monstruos que produce Roma.

-En sus venas tiene sangre oriental -comentó Ben-Hur con amargura.

-Ya hemos llegado -dijo Iras.

-Entonces no hemos estado en Egipto, sino sólo en el lago de las Palmeras.

-¿Por qué dices que no hemos estado en Egipto? Yo he sentido su cielo, sus estrellas, su río. ¿Quieres que te cuente más cosas sobre Egipto?

-Sí, sigue contando hasta que llegue el día y vuelva a terminar.

-¿De qué quieres que hable? ¿De Filosofía?

-No.

-¿De Matemáticas?

-Tampoco.

-¿De magos...?

-Bueno.

-¿De guerra?

-Si quieres...

-¿De amor?

-Sí...

-Entonces voy a contarte una historia que nos dice como se remedia el mal de amor. Fue escrita en un papiro por la protagonista.

III

Ne-Ne-Hofra vivía en Asuán, cerca de la primera catarata. De niña era tan hermosa que las gentes se preguntaban cómo sería al alcanzar la plenitud de su juventud.

Tenía todos los dones de la naturaleza; los vientos la envolvían con sus brisas frescas, y los pájaros le cantaban hermosas canciones. Y en ella se reunían todas las virtudes.

A los doce años era una delicia. A los dieciséis, nadie podía compararse con ella; y a los veinte, gentes de todos los lugares venían a contemplarla, y al marcharse decían:

«No es una mujer, es la misma diosa Athor.»

Muchos príncipes solicitaron su mano, pero ella siempre rechazaba a todos.

El rey Menes tuvo trescientos sucesores, uno de los cuales era Oretes, que tenía entonces ciento diez años de edad. Su esposa había muerto. Como la quería mucho el rey se vistió de luto y quedó desconsolado.

Pasaron los días, y, al ver al rey tan triste, uno de sus servidores le dijo:

-¡Oh, Oretes! Un rey tan sabio como tú y que no sepa curarse de su pena.

-¿Qué harías tú para conseguirlo?

-En Asuán vive Ne-Ne-Hofra, hermosa como la diosa Athor. He rechazado a príncipes y reyes, pero ¿quién se atrevería a rechazar a Oretes?

Por el Nilo descendía una barca magnífica, como jamás se había visto. Diez mil almas venidas de todas las partes se agolpaban en la orilla para verla pasar. En ella venía Ne-Ne-Hofra, la hermosa entre las hermosas, en dirección al palacio donde la esperaba Oretes.

Al llegar, el rey le puso en el brazo el brazalete real, le dio un beso y ella se convirtió en la reina de las reinas.

Oretes necesitaba el amor de la bella, y le mostraba sus posesiones, sus joyas, su poderío, y ella le besaba creyendo que podría ser feliz. Pero fue feliz durante dos años, que pasaron pronto; el tercero llegó y se sintió desgraciada, comprendiendo que el amor que creía sentir por su marido era admiración por su poderío.

La pobre Ne-Ne-Hofra enflaquecía y sus mejillas, antes de rosa, se convirtieron en cenicientas. Los médicos dijeron que la reina estaba condenada a morir como no se encontrase el mal que la aquejaba.

Oretes fue un día a sus habitaciones:

-Mi querida reina, dime que te sucede. ¿Qué es lo que te hace sufrir?

-Si te lo dijera no me amarías.

-Sí, te juro que te amaré más que ahora. ¡Habla!

-Pues bien; hay un anacoreta en una caverna cerca del monte Asuán. Se llama Menofa. Fue mi guardián y mi maestro. El te dirá lo que quieres saber.

El rey, muy contento, mandó llamar inmediatamente al anacoreta.

-Dime lo que quiero saber, ¿por qué la reina languidece?

-Rey Oretes: si fuera joven no me atrevería responder a tu pregunta porque deseo seguir viviendo, pero tu experiencia me permite decir que la reina está pagando las culpas de un crimen -dijo el anacoreta.

-¡Como! ¿De qué crimen me hablas? No estoy para enigmas.

-Te lo explicaré en seguida. Está pagando un crimen contra sí misma. A mí me confiaba los más mínimos detalles de su vida, y por eso supe que estaba enamorada de un jardinero lla

mado Barbec. Queriéndole a él, vino en tu busca, y eso es lo que la hace sufrir.

-¿Dónde está el hijo del jardinero? -preguntó Oretes, tranquilizado.

-En Asuán.

El rey mandó a buscar al jardinero y también ordenó construir un palacio delicioso en una isla apartada; llenar los jardines con árboles frutales y con los refinamientos más exquisitos.

Fue en busca de la reina y le dijo:

-Ne-Ne-Hofra, lo sé todo. He mandado a buscar a Barbec. El remedio para el amor, según dijo Menofa, es el amor. Vivirás con tu jardinero durante un año, y nadie turbará vuestra dicha.

Ne-Ne-Hofra besó las manos y los pies del monarca, y luego se fue a la isla con Barbec.

Un año entero vivieron juntos y aquella isla fue una de las más maravillosas del mundo. Al terminar el año la joven volvió al palacio como reina.

-¿A quién amas más ahora? -le preguntó el rey.

-He vuelto curada, buen rey.

-¿Es cierto entonces que el amor se cura con el amor?

-Es cierto.

El rey la miró entonces con una expresión terrible.

-No estoy de acuerdo.

Ne-Ne-Hofra suplicó con todas sus fuerzas, pero el rey ordenó que se la llevaran.

-Como hombre puedo perdonarte; como rey no puedo olvidar tus ofensas. Estás muerta, Ne-Ne-Hufra.

Mandó entrar a los embalsamadores, que se la llevaron. Sesenta días después la joven reina fue enterrada en una cripta magnífica hecha para ella.

Ben-Hur estaba sentado a los pies de la joven cuando Iras terminó la historia.

-Entonces no existe remedio contra el amor. -Sí. Oretes lo encontró. La muerte.

Pasaron las horas entre historias y conversaciones, y al fin atracaron en la orilla.

-Mañana volveremos a la ciudad.

-¿Irás a los juegos? -preguntó Ben-Hur.

-Sí.

-Entonces te mandaré mis colores.

IV

Cuando liderim, al día siguiente, regresó a su tienda, se encontró con el hombre que había mandado para detener a cualquier posible mensajero que intentase cruzar sus tierras, según indicación de Simónides.

Este le entregó la carta que había interceptado. Como estaba en latín aguardó a que Ben-Hur regresase del campo de entrenamientos para que la leyera.

Aquel mismo día y los siguientes vinieron al bosque de las Palmeras hombres romanos ofreciéndose para llevar los caballos del jeque al circo. Sin duda, Messala vigilaba a Ben-Hur.

El jeque, en cuanto vio que el judío regresaba, le entregó la carta para que la leyera. Los ojos del joven se nublaron al ver el encabezamiento: «Messala a Graco.»

Comenzó a leer con voz temblorosa y se detuvo. El jeque comprendió lo que ocurría y dijo:

-Lee esta carta en soledad, y luego ya me notificarás su contenido.

Ben-Hur se retiró entre emocionado e indignado con la injusticia que se había cometido contra su familia. Pero una esperanza se abrió en su pecho. Su hermana y su madre quizá estaban vivas.

Cuando se hubo repuesto de la emoción fue en busca de llderim y le comunicó el texto de la carta. llderim se exaltó ante aquellas injusticas y prometió ayudar y proteger al joven en la medida de lo posible.

-Jeque, Messala hará cualquier cosa para tratar de eliminarme en las carreras; por lo tanto te ruego que mantengas a tus caballos bien vigilados día y noche, no sea que algo les ocurriera y no pudieran participar.

llderim estaba furioso. Los romanos estaban ofendiendo continuamente a los judíos, a los árabes, a los egipcios. No podía continuar el mundo de esta manera.

-¡Hijo de Hur! Si yo tuviera tu edad no podría estarme quieto. A mis ofensas

personales uniría las que Roma ha hecho al mundo entero, y no descansaría ni un momento dedicando mi vida a la venganza. Estaría en todas las guerras contra Roma y en pro de la justicia y la libertad de los pueblos. Y si no encontraba hombres que luchasen a mi lado, me uniría a los lobos y a las fieras del desierto con tal de aniquilar al enemigo.

Ben-Hur se estremeció al oirse llamar de aquel modo. El entusiasmo del jeque le llenó de emoción y le paralizó la sangre en las venas.

-¿Cómo sabes que yo soy hijo de Hur?

-Sólo puedo decirte que te conozco; nada más.

-¿Quién te obliga a callar?

-Lo sabrás en su momento. Pero, ¿qué me contestas? Yo te he dicho qué haría en tu lugar, pero tú no me has dicho qué piensas hacer.

-Al llegar aquí no me sentí obligado a contarte mi vida; sólo quería conducir tus caballos, pero ahora me parece que sabes cosas mías, deseo contarte mi vida.

Ben-Hur refirió el relato de sus aventuras, que apasionaron al jeque, predisponiéndole más si era posible contra el romano.

-He estado estos últimos cinco años en Roma, aprendiendo el arte de la guerra, preparándome para la venganza. He luchado con los mejores hombres; he tenido los mejores maestros. Soy un buen soldado, pero quiero alcanzar la graduación de capitán para mejor conseguir mis fines. Por eso estoy enrolado en la guerra contra los Partos. Si tengo suerte volveré convertido en capitán. Y entonces seré fuerte... y Roma pagará todas sus maldades.

-Cuando estés decidido, hijo de Hur, acuérdate de mí. Tengo hombres, camellos. dinero. Todo será tuyo.

V

Gracias a la carta interceptada Ben-Hur se enteró de los planes de Messala. Cuando Ilderim se marchó hacia la ciudad, Ben-Hur salió de la tienda y fue a dar un paseo por el lago.

Allí recordó la conversación de la noche anterior con la bella egipcia, y las historias llenas de poesía que le contó. Este pensamiento llevó su mente hasta Baltasar, que también contó la historia del Mesías, de ese Rey de Judea que estaba ya presto a dejarse ver por los hombres. Que iba a actuar dentro de poco tiempo.

Sumido en sus reflexiones llegó hasta el lugar donde estaba el carro que iba a utilizar durante la carrera. Le satisfizo enormemente que se tratara de un carro griego, mucho mejor para estos casos que los fabricados de estilo romano.

Poco después, vio llegar a las Palmeras a un jinete que, sin desmontar siquiera, le dijo:

-El jeque Ilderim te manda sus saludos y te ruega que vengas conmigo a la ciudad lo antes posible.

Era Malluch. Ben-Hur, sin dudar un instante, fue a la caballeriza y montó en su caballo.

-¿Dónde está liderim?

-Yo te guío -respondió el fiel Malluch.

Poco después se hallaban en la estancia donde Simónides recibió por ver primera a Ben-Hur, recién llegado de Roma.

En la habitación le esperaban tres personas: Simónides, Ilderim y Esther. Al verla, el joven no pudo evitar compararla con la egipcia, aunque sólo fuera por un instante.

-Hijo de Hur...

Ben-Hur sintió que su corazón se estremecía al sentirse llamado de esta forma por el viejo Simónides.

-Hijo de Hur, que la paz sea contigo. Hija mía, trae un asiento para el amo.

-Simónides, ante todo quiero que entre nosotros reine la igualdad y el acuerdo.

El joven israelita quería eliminar la relación amo-esclavo que Simónides parecía deseoso de establecer.

-Esther, hija, trae los documentos. Comencemos; aquí tengo el estado de cuentas para que sepas a cuanto asciende tu fortuna y de qué manera la he trabajado durante estos años.

»Aquí está todo lo que pude salvar de la codicia romana. No se lo pudieron quedar porque era dinero que estaba empleado en letras de cambio de los mercados de Alejandría, Damasco, Cartagonova y Valencia. Eran ciento veinte talentos en moneda habrea.

»Aquí tienes la lista de las ganancias; asciende en total a quinientos cincuenta y tres talentos. A estos debes añadir los ciento veinte talentos del capital original, lo cual da la suma de seiscientos setenta y tres talentos. Esto te convierte en el hombre más rico del mundo.

»Esto es todo.»

El anciano bajó la cabeza esperando la decisión de su amo. Esther le miraba ansiosa. El árabe acariciaba sus largas barbas. Recibir una gran cantidad de dinero es una prueba para un hombre.

-Doy gracias al Señor porque no me ha abandonado, y a ti, Simónides, porque tu fidelidad me compensa de toda la crueldad que he visto en el mundo. Ilderim, y tú, Esther, seréis mis testigos. Te devuelvo toda la fortuna que has ganado comerciando, con la condición de que sólo me devuelvas lo que perteneció a mi padre, los ciento veinte talentos iniciales.

»Después, te ruego que me ayudes con tu fortuna y con tus amistades a encontrar a mi madre y a mi hermana.»

-¡Bendito seas tú, hijo de Hur! Pero hay otra cosa todavía. Yo y mi hija Esther somos tus esclavos y tienes que disponer qué quieres que hagamos.

-Yo os doy la libertad a ambos. No puedo permitir que continuéis siendo esclavos.

-Esto es algo que no puedes hacer, Ben-Hur -dijo Simónides-. Yo soy esclavo de por vida. Tu padre horadó mi oreja con una lezna y eso significa que siempre tengo que ser esclavo. En cuanto a mi hija, heredó la condición de sus padres.

-Entonces, ya que no puedo haceros libres, quiero que tú, Simónides, seas mi consejero. Tu inteligencia es grande y la necesito, y te nombro además el administrador de mis bienes. Tengo una gran fortuna que me dejó Arrio, a más de lo que ahora me has devuelto.

La reunión de negocios se dio por terminada. Ilderim estaba satisfechísimo al ver a aquel hombre tan generoso. Simónides ordenó trajeran la cena.

VI

Transcurrida la misma, Simónides dijo:

-Mi amo, el otro día tú te fuiste pensando que yo no quería reconocerte. Pero, para que no haya nubes que enturbien nuestras vidas, debo decirte que yo no quise notificarte la fortuna que poseías, pues hay hombres a quienes el dinero cambia y destruye. No quería que esto te ocurriera y por eso Malluch...

-¿Malluch?

-No te asombres. Cuando un hombre como yo, que está viejo y postrado, no puede ir a los sitios, necesita manos y ojos que vigilen y trabajen por él. Yo mandé a Malluch para que trabara amistad contigo, y así, a través de él, poder conocerte mejor. Me dijo que eras bueno y por eso he tomado la decisión de llamarte.

-En tu gran bondad hay mucha sabiduría -dijo Ben-Hur, cumplidamente.

-Estas palabras suenan en mis oídos como deliciosa música. Quiero hablarte ahora en nombre de Dios. Durante años creció la fortuna entre mis manos; muchas veces sin sospecharlo yo mismo. El dinero crecía y se multiplicaba de una manera prodigiosa. Dios estaba conmigo. Pero Dios no hace nada porque sí; debe de tener una razón especial para querer que tan inmensa fortuna vaya a parar a tus manos.

»Mis sirvientes fueron siempre hombres fieles, las tormentas no perjudicaban mis barcos y el simún no se atrevía con mis caravanas. Yo lo gobernaba todo desde este sillón, y nunca tuve ningún percance.»

-Es asombroso, ciertamente.

-Y ahora quiero hacerte una pregunta. ¿Has visto a Baltasar?

-Sí; y me habló del Mesías que está próximo a venir.

-¡Mi amo! Ahora veo el propósito de Dios al favorecerme durante estos años. El Mesías va a venir a construir un imperio y destruirá el de Roma. ¿No ves en esto el camino? Necesitará dinero y armas.

-Pero Baltasar me dijo que el Mesías venía a salvar las almas, y que su reino no es de este mundo.

-Baltasar es un hombre iluminado; conoció la señal de Dios. Pero es egipcio. ¿Qué puede saber él de nuestros antiguos profetas? Esther, tráeme los libros.

La muchacha obedeció y al cabo de unos instantes regresó trayendo en sus manos unos papiros envueltos cuidadosamente.

-Mi amo, ¿tú crees en los profetas? Escucha las palabras de Isaías: «Un Niño nos es nacido, un Niño nos es dado y el gobierno pesará sobre sus hombros. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrá término sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.»

»Mira ahora lo que dice el libro de Jeremías: «Considera los días que han de venir, dijo el Señor. Saldrá de David en esos días una rama justa y de ella surgirá un Rey que reinará y prosperará y ejecutará la justicia en la tierra. Judá se salvará en sus días e Israel habitará seguro; como un Rey reinará.»

Tras unos instantes de silencio, Simónides insistió:

-¿Crees en los profetas, hijo de Hur?

-Es bastante. Sí, creo.

-Y si el Rey viniera pobre, ¿le darías tu dinero?

-Todo. Pero, ¿por qué ha de venir pobre?

-Escucha esto: «¡He aquí que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno!»

-Hundiremos a Roma.

-¡Tú podrás contra ella, hijo de Hur! Piensa que tendrás millones.

-¿Millones?

-Sí; no sabes cuán fuerte es Israel. No debe turbarte el poder. Los hombres en

Israel se miden con la regla de la fe.

-Si el Reino del Rey que ha de venir es como el de Salomón estoy dispuesto a poner a su disposición todo mi dinero y mi saber guerrero. Pero, ¿debemos esperar a que venga? Tú eres sabio, Simónides, responde.

-Algo puede empezar a hacerse hasta que llegue el Rey. Déjame al cuidado de tu fortuna para que no se seque; mientras, tú puedes ir al desierto y allí reclutar hombres para la causa. ¿Qué piensas?

-Pienso que los romanos me cerrarán para siempre las puertas. Roma no perdona a sus traidores. Mi morada serán, pues, las cuevas del desierto.

Un sollozo de Esther les hizo cambiar por un momento de conversación.

-Perdona, Esther. No había pensado en que estabas aquí -dijo Simónides abrazando a su hija.

-Puesto que no tengo opción me propongo cumplir inmediatamente lo que me habéis asignado -siguió Ben-Hur-. Pero sólo os pido una cosa. Dejadme libre hasta que concluyan los juegos. Para mí será un placer encontrarme con Messala en el circo, aunque con ello arriesgue mi vida.

-De acuerdo. Creo que nada queda ya por tratar.

-Regreso al bosque de las Palmeras. Tengo que sacar a los caballos para entrenar. Pronto nos veremos. La paz sea con vosotros.

Y acompañado de Malluch el joven israelita emprendió la vuelta a casa.

VII

Al día siguiente, al anochecer, Ben-Hur se hallaba en la azotea del almacén de Simónides, observando como descargaban los bienes heredados de Arrio.

A su lado estaba Esther, silenciosa.

-¿Has estado en Roma? -le preguntó el joven.

-No; pero tampoco tengo deseos de conocerla.

-¿Por qué?

-Me parece una ciudad monstruosa que devora a los hombres y les conduce a la ruina. ¿Por qué quieres arriesgar tu vida ahora, después de haber sobrevivido a tanto infortunio?

-¿Qué quieres que haga?

-¿Es hermosa la villa que te legó Arrio en Roma? ¿Es apacible la vida en aquel lugar?

-Ciertamente. La villa es muy hermosa, y la paz que allí se respira, inigualable. Pero, correría grandes peligros en Roma. No sabría por dónde ni en qué momento iba a llegarme la muerte. Prefiero correr riesgos por este Rey que va a venir. ¿Sientes preocupación por mí?

-Sí, mi amo.

-No me llames amo; llámame hermano o amigo. Tú eres como mi hermana Tirzah, la que estaba a mi lado el día de la desgracia. No voy a descansar hasta que la encuentre, ¡oh, Dios!

Simónides se unió a ellos para contemplar el atardecer en el puerto.

Unos días más tarde, cercana ya la fecha de la carrera en el circo, liderim llevó sus caballos a una posada cercana al circuito.

Malluch fue a ver a Ben-Hur y le entregó la proclama por la cual sus caballos

fueron admitidos. También Messala tenía la documentación en regla y podía participar.

-Buen Malluch, quiero que vayas a la ciudad, y allí convoques apuestas a mi favor por valor de siclos y talentos. Ve a Simónides y dile que de mi parte te dé las oportunas garantías. Quiero que hagas lo posible para que el pueblo se dé cuenta de que la lucha está centrada entre Messala y yo. Me vengaré de ese romano y le humillaré ante todo el público. El Dios de Israel permite la venganza.

-Haré lo que dices. No será difícil conseguir que el público se fije en ti y en Messala. Antes de partir debo decirte que he tomado las dimensiones del eje de la rueda de Messala. Tiene un palmo más de eje que el tuyo.

-¡Bien! Nada más, Malluch. Sólo decirte que consigas un buen asiento para el día ,de la carrera.

En la carrera participarían seis cuádrigas. Una venía desde Corinto y estaba gobernada por Lisipo; otra de Atenas, con Cleanto; una bizantina, de Diceo, y la de Admeto, de Sidonia. Además de Messala y Ben-Hur.

VIII

Era el día anterior a la carrera. Las gentes circulaban por las calles de Antioquía, llevando en el cuello, en la cabeza o en el brazo la cinta con el color del auriga que creían iba a vencer.

Las apuestas se sucedían sin interrupción.

Ben-Hur tenía el color blanco y Messala el escarlata y oro.

Los demás se repartían el verde, amarillo, azul y negro.

En el interior del palacio romano se hallaban los jóvenes aburridos, jugando a los dados y comentando los sucesos que iban a acaecer al día siguiente. Ninguno se atrevía a apostar en contra de Messala.

Este se hallaba tendido en un diván, rodeado por su corte de admiradores. Llegó Druso en aquel momento, diciendo:

-Toda la ciudad apuesta, ¡oh, Messala!, por ti y por tu gloria.

-¡Eh, aquí hay un blanco! -dijo un romano.

-¡Que entre! ¡Que entre! Un judío viejo entró en la sala y gritó:

-¡Os saludo, nobles romanos! Apostad aprisa porque el cónsul me espera. ¿Qué me ofrecéis?

-Tres a uno -dijo una voz.

-¿Sólo tres? Dame cinco. Messala le llamó:

-Te doy seis a uno.

Concertada la apuesta, el anciano le entregó el papel si guiente:

«Carrera de cuádrigas. Messala, de Roma, en apuesta con Sambalat, judío, afirma que vencerá a Ben-Hur, judío. Importe de la apuesta: veinte talentos. Ventaja para Sambalat: seis a uno.»

-Pero antes deseo saber si tú tienes veinte talentos.

El judío sacó un papel firmado por Simónides, que acreditaba tener opción a veinte talentos.

-¡Ah, perro judío! Antes te apostaba veinte talentos, pero ahora te apuesto cinco en la misma proporción de seis a uno. Escribe.

Una vez rectificado el documento el viejo marchó.

Muy pronto corrió por la ciudad la voz de que Messala y Ben-Hur eran terribles rivales.

Aquella misma noche gran cantidad de personas se apostaron en los alrededores del circo, para que, cuando a las doce de la noche abriera sus puertas, poder entrar y conseguir buenas localidades.

Según las costumbres de Roma, el circo era un espectáculo para el pueblo, y todos podían asistir al mismo. Eran edificios de gran capacidad y había partes reservadas para los funcionarios del Gobierno y para los ricos.

El pueblo entraba a medianoche y allí se quedaba hasta la mañana siguiente para poder ver cómo empezaban los juegos.

En el interior del circo había una especie de columna donde estaba la tribuna del cónsul; cerca de ella los lugares reservados a los personajes de la ciudad. Todo lo demás, que eran graderíos de piedra, lo ocupaba el pueblo.

La palestra era una superficie llana cubierta de fina y blanca arena, donde se celebraban todas las competiciones, exceptuando las carreras pedestres.

La primera parte del espectáculo consiste en la presentación de los competidores. En primer lugar salen las autoridades cívicas. Detrás los dioses, montados en suntuosas carrozas y con guirnaldas en la cabeza. Luego vienen los atletas, que son los que más emoción despiertan en el público, ya que no hay un solo espectador que no haya apostado por su favorito.

Finalmente, aparecen en la arena los aurigas, elegantes y dispuestos a luchar. Los caballos de las cuádrigas relinchan de satisfacción, pues huelen el calor de los aplausos y aclamaciones.

Todos los espectadores lucían la cinta con el color favorito. Las que más abundaban eran la escarlata y oro y, sobre todo, la blanca. Los demás aurigas no eran de la ciudad, y el tener pocos compatriotas en los graderíos mermaba sus colores.

Cuando terminaron la marcha de presentación, Ben-Hur pensó que había logrado su propósito. Los ojos de la multitud estarían pendientes de él y Messala, pues habían comprendido la rivalidad que existía entre ambos.

IX

Hacia las tres de la tarde sólo quedaba el programa de cuádrigas por cubrir. Hubo un descanso entre la primera y segunda parte. Los espectadores aprovechaban para comer y para discutir sobre lo acontecido en anteriores partes del festival.

Unos estaban contentos porque habían ganado en las apuestas; otros presentaban el ceño fruncido, signo de haber perdido.

Simónides, acompañado de los suyos, acudió entonces al circo, ya que sólo le interesaba ver la carrera de cuádrigas.

Sin molestar a nadie, se colocaron en una tribuna reservada al efecto.

Pero era inevitable que la multitud reconociese inmediatamente al hombre del que se contaban tan fantásticas historias en Antioquía: el mercader Simónides. Igualmente aclamado fue Ilderim. Pero nadie sabía quién era Baltasar y las dos mujeres cubiertas de velos. Ellas eran Iras y Esther.

La primera dejó caer el velo que cubría su cara, mientras Esther se cubrió aún más con el suyo, viendo que su grupo llamaba la atención de los espectadores.

Comenzaron a salir los aurigas montados en sus carros. La gente comentaba el

aspecto de los caballos y la fortaleza de los aurigas. A cada lado de la línea de llegada había una especie de contador primitivo manejado por esclavos. A un lado, una tabla con siete bolas, y al otro, una tabla con siete delfines; al finalizar cada vuelta los esclavos hacían bajar una bola y un delfín; para llevar la cuenta exacta de las siete vueltas que las cuádrigas deberían dar al circuito.

Las cuádrigas salieron a toda velocidad del lugar de meta. Dieron vueltas alrededor de la pista, disputándose el privilegiado lugar junto a la pared.

Las cuádrigas no podían estar en línea de salida dispuestas para arrancar, pues eso les hacía perder oportunidades en la carrera; aparte que era preciso dejar a la pericia del auriga la posesión del lugar junto a la pared, que era el más apetecido por los corredores.

Así que dejaron puesta en alto la cuerda que marcaba la salida, dejando que los aurigas se igualasen para dar, en el momento en que lo decidieran los jueces, la señal del comienzo de la carrera.

Debido a un golpe de suerte Messala se adelantó un tanto a sus competidores, y en el momento en que bajaban la cuerda cruzó la línea de salida y se colocó al lado del muro.

Todos los romanos, puestos en pie, gritaban:

-¡Messala! ¡Messala! ¡Júpiter está con nosotros!

Pero en aquel momento ocurrió algo que hizo levantar de su asiento a los miles de espectadores que llenaban el circo. El carro del ateniense intentó colocarse al lado del carro del romano. Pero con tan mala fortuna que la cabeza de león que llevaba Messala en el eje de sus ruedas rozó el remo delantero de uno de los caballos del griego, haciéndole dudar y caer al suelo, arrastrando tras de sí a los demás caballos, el carro y a su dueño.

Para colmo, los carros que venían detrás no pudieron evitar la colisión, de manera que todos los demás pasaron sobre él.

Esther no pudo por menos que lanzar un grito y ocultar su rostro tras las manos. Iras le preguntaba:

-Je gusta, el romano? Es un Apolo. ¡Mírale como corre!

Esther no tenía ojos más que para Ben-Hur, que iba inmediatamente detrás de Messala. Desde el primer momento la carrera fue disputadísima, y se vio claramente la competencia entre el romano y el judío.

X

Messala seguía corriendo impasible, sin preocuparse lo más mínimo por sus perseguidores. Estaba orgullosamente seguro del triunfo. Ben-Hur miró unos instantes el rostro del romano, y le pareció que en él se reflejaba el odio que albergaba el alma del traidor.

Sintió que su resolución de venganza seguía en pie, y gritó a los caballos palabras cariñosas; Ben-Hur sentía deseos de humillar a su enemigo, pero no sentía esa pasión que ciega los

sentidos, sino que sabía muy bien los motivos y cómo iba a solucionar su plan.

Messala iba el primero y Ben-Hur no trató de adelantarle, sino que se situó detrás de él. En las vueltas es donde se notaba el verdadero experto en dirigir cuádrigas, y Ben-Hur demostró en todo momento que era un buen auriga. Esto no pasó desapercibido para los observadores experimentados, que comenzaron a aclamarle

calurosamente.

Cada vez que los carros daban una vuelta al circuito los esclavos hacían caer una bola y un delfín. En la tercera vuelta, Ben-Hur intentó ponerse al lado de su contrincante. Los demás aurigas estaban detrás de ellos y sería ya difícil que ganasen la carrera.

Ambas cuádrigas estaban ya casi juntas; la emoción del público subía por momentos; pero he ahí que Messala, dándose media vuelta, propinó un fuerte latigazo sobre los caballos árabes de Ilderim.

Uno puede imaginarse lo que significó el golpe para aquellos animales, que toda la vida habían sido tratados con mimos y caricias, y que nunca sintieron el dolor.

Dieron un salto extraño y se precipitaron a correr. Ben-Hur, a pesar de la sacudida que experimentó el carro, pudo recuperarse y logró dominar a los caballos.

Entretanto, la gente, muda de estupor, prorrumpió al cabo de unos segundos en protestas e insultos hacia el romano.

Antes de que el furor del pueblo se hubiera calmado BenHur estaba ya otra vez al lado de Messala; éste no se atrevió a repetir la hazaña, pues no creyó oportuno burlarse del público.

Estamos ya en la sexta vuelta, y siguen el romano y el judío uno al lado del otro. Los otros tres participantes corren detrás. Si bien las posiciones no habían cambiado, la velocidad de las cuádrigas aumentó progresivamente en cada vuelta.

Quedaba tan sólo una vuelta para terminar la carrera; los espectadores estaban ansiosos por ver el fin de la misma. Ilderim dejó de mesarse la barba, y Esther olvidó de cubrirse el rostro con el velo.

Los romanos se dieron cuenta claramente de que los caballos de Messala estaban cansados y que comenzaban a flojear. Al final de la sexta vuelta Ben-Hur se retrasó, quedándose detrás de Messala; esto les animó.

El romano acercaba sus caballos cuanto podía al muro, pues esto le hacía tomar cierta ventaja.

llderim dijo a Simónides:

-Mirad el rostro de nuestro amigo. Se ve que Ben-Hur va a dar un golpe decisivo.

Y así era de esperar, efectivamente. En las tablas sólo quedaban una bola y un delfín. El público, excepto los romanos, gritaba en favor de Ben-Hur.

-¡Vamos, judío!

-¡Ahora o ,nunca!

-¡Pega a los caballos! ¡Vuela!

La primera parte de la última vuelta transcurrió sin novedad; el judío corría detrás de Messala. En el último momento, cuando sólo quedaban seiscientos pies para llegar a la meta final, Malluch, desde su puesto en la galería, vio que Ben-Hur se inclinaba sobre sus caballos. Su vigorosa mano agitó la fusta, que silbó en el aire, sobre las cabezas de los nobles brutos, pero sin tocarles.

A la vez gritaba:

-¡Vamos, Altair, Antarés, Rige¡, Aldebarán! ¿Vais a flaquear ahora? ¡Vamos! ¡La victoria es nuestra! ¡Ya veo a las mujeres y a los niños que os traen guirnaldas de flores! ¡El amo os espera! ¡Ya está! ¡Ya llegamos!

En ese momento Messala tenía que girar y dar la vuelta para dirigirse a la recta final. Entonces fue cuando el judío inició el movimiento preciso para no quedar rezagado. Todo el público comprendió que era aquel el momento para adelantar.

-Ben-Hur, tirando diestramente de sus caballos, pasó rozando el carro de Messala; la rueda de su carro tocó la parte posterior del carro del romano y éste, al ser desviado, chocó contra el muro y saltó en mil pedazos.

Los caballos, enardecidos por la carrera, siguieron al galope, arrastrando tras sí los restos del carro. Messala cayó de cabeza hacia adelante.

Todos le dieron por muerto. Para colmo, los carros que venían detrás no pudieron evitar la colisión con el romano.

La mayoría del público, no obstante, siguió enardecido la actuación de Ben-Hur, y cuando éste llegó a la meta, aplaudió y gritó cuanto pudo.

El director de los juegos bajó a coronar a los vencedores y entregarles el premio. En el momento del acto, Ben-Hur miró hacia donde estaba Simónides con su familia. Esther no le miró. Iras le hizo una señal con su abanico.

Y la fiesta terminó.

XI

Esa misma noche estaban Ilderim y Ben-Hur paseando por el lago de las Palmeras, comentando el triunfo. Esperaban que llegase medianoche para ponerse en camino. La caravana se había puesto en marcha unas horas antes.

Se dirigían ambos al desierto en busca de hombres para la lucha al lado del Mesías. Ben-Hur cumplía así su palabra.

-¿No quieres aceptar nada? Piensa que gracias a ti el nombre de Mira y de sus hijos crecerá en el desierto. Muchos hombres hablarán de mí como si fuera todavía un hombre joven, y vendrán a mí con sus espadas.

-No quiero nada, buen jeque. Tengo ya tu mano y tu corazón. Negándome ahora quedo en libertad para pedirte algo mañana, cuando quizá lo necesite.

Entonces llegó Malluch, que no podía ocultar la satisfacción que le causó la victoria de su amigo.

-Mi amo me envía para deciros que algunos romanos se niegan al pago de las apuestas. Pero la carrera ha sido de buena ley, porque el director ha pagado el dinero. Cuando han ido a protestar diciendo que el carro de Ben-Hur tocó la rueda de Messala se ha limitado a recordarles el latigazo que el romano asestó a tus hermosos caballos, Ilderim.

-¿Y cómo está el ateniense?

-¡Muerto!

-¿Y Messala?

-¡Escapó con vida! Pero según parece sin mucha suerte, pues el médico dice que tendrá que pasarse el resto de sus días en una silla. No podrá volver a caminar.

Ben-Hur imaginó por unos segundos cómo sería la vida para el romano en una silla, teniendo que ser llevado en hombros. Simónides lo había soportado, pero un hombre tan orgulloso como Messala, ¿qué sería de él?

-Simónides me encargó también que os dijera que Messala rehúsa pagar y que ha puesto, junto con Druso y otros amigos, el caso en manos de Magencio. La ciudad anda revuelta y escandalizada.

-¿Qué dice Simónides?

-El amo ríe. Dice que la política imperial decidirá. Si Messala paga, se arruina, y si no, queda deshonrado. Magencio decidirá que pague. Sería una mala táctica empezar la guerra de los Partos infligiendo una ofensa a Oriente. Si disgustan al jeque Ilderim se atraerán la enemistad de los árabes. No os preocupéis, que Messala pagará.

-No hay problema si el negocio queda en manos de Simónides -dijo el árabe.

Malluch se retiró y dejó paso a un nuevo mensajero. Era-un adolescente de gentil apariencia.

-Iras, la hija de Baltasar, te felicita, jeque Ilderim, por el triunfo de tus caballos.

-Me complace mucho su felicitación. Dale este anillo en señal de agradecimiento -dijo Ilderim, quitándose un valioso anillo de un dedo y entregándoselo al adolescente.

-Y también me encarga trasmita su enhorabuena a Ben-Hur. Dice que se ha ido a vivir con su padre al palacio de Iderneo y que le recibirá mañana a mediodía, lo cual ella agradecerá infinitamente. ¿Qué respuesta debo darle?

-Dile que sí iré.

Cuando el mensajero se despidió, liderim rió, y Ben-Hur comentó:

-¿No es lícito que un hombre se aproveche de su juventud?

Y le dejó todo dispuesto para que a la mañana siguiente, después de la cita con la bella Iras, pudiera partir junto con un guía, para alcanzar a la caravana donde iba llderim.

XII

A la mañana siguiente, hacia el mediodía, se dirigió Ben-Hur hacia el palacio de Iderneo. Primero entró en un vestíbulo de escalinatas laterales, cubierta por alados leones.

El pórtico estaba decorado con hermosas figuras griegas. Ben-Hur se detuvo para admirar con detalle las estatuas. Siguió avanzando despacio por el pasillo y ante él se abrió una puerta magnífica.

Entró en una estancia romana, de dimensiones increíbles y adornada con mucho gusto, sin ser recargada. No había nadie en la habitación, pero pensó que Iras, en cuanto estuviera arreglada, le mandaría llamar por una esclava. Dio un par de vueltas por la habitación y luego se sentó en un diván.

Esperó un buen rato y nada ocurría. Comenzó a temer alguna trampa, ¿de Messala quizás? Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta por donde había entrado. ¡Estaba cerrada! Gritó y sólo el eco le devolvió su propia voz.

Estaba prisionero en jaula dorada. Pasó lentamente media hora. Fue entonces cuando la puerta se abrió y volvió a cerrarse silenciosamente. Dos hombres entraron. Eran dos seres vulgares y groseros, que se paraban delante de cada objeto y lo admiraban.

Ben-Hur, resguardado tras una columna oía sus voces, pero no entendía lo que decían, pues hablaban un lenguaje bárbaro. Al verles, por la espalda del joven corrió un escalofrío.

Uno de los hombres era joven y de estatura normal; el otro era corpulento y reconoció en él a uno de sus antiguos maestros de lucha en Roma. Era un hombre temible y que sabía muchos trucos. Prácticamente invencible. Había ganado el día anterior las pruebas de pugilato en el circo.

Cuando ambos hombres estuvieron cerca de él, salió de la columna, se desabrochó la faja, se quitó las ropas de lujo y quedó en túnica corta, igual que los dos hombres, que a buen seguro iban a atacarle.

-¿Quiénes sois? -preguntó Ben-Hur en latín.

-Dos bárbaros.

-¿Qué buscáis aquí?

-¿Y tú quién eres?

-¡Un romano! -respondió Ben-Hur.

-¡Ja, ja, ja! -rió el hombre más fuerte-. ¡Tú eres un maldito judío!

-¡Escuchadme un momento! Tú eres Thord, el normando.

Enseñabas lucha en Roma; yo fui discípulo tuyo.

-¡Bah! Yo nunca he enseñado a un judío.

-Pues yo te puedo probar lo que digo. Vosotros habéis venido a matarme, ¿no es cierto?

-Sí.

-Pues entonces deja que luche con tu compañero y te demostraré que tú has sido mi maestro.

El gigantón se río y habló con su compañero en la extraña lengua. El otro se dispuso a la lucha. El normando se acercó un diván para estar más cómodo y dio la señal de empezar.

Los dos hombres se colocaron frente a frente en la postura académica del pugilista. Ambos sabían que el combate era mortal. Tras un primer tanteo, Ben-Hur agarró por la muñeca al bárbaro y le hizo dar una vuelta rápida, de manera que dejó al descubierto el flanco izquierdo del gladiador y le dio un mortal golpe en la nuca que le dejó tendido en el suelo. Thord no salía de su asombro.

-¡Yo mismo no lo hubiera hecho mejor! Durante diez años he practicado este truco en mi escuela de Roma. ¿Pero tú eres judío?

-¿Conociste a Arrio, el duunviro?

-¡Era mi amo!

-¿Sabes que tenía un hijo?

-¡Claro! Yo le di clase. Era tan buen luchador que, de haber querido, César le hubiera hecho su favorito.

-Yo soy.

Thord se acercó al joven y le miró un buen rato con atención; al fin, una lucecilla de satisfacción iluminó aquellos ojos ingenuos.

-¡Ja, ja, ja! Y él que me dijo que encontraría a un perro judío en esta casa...

-¿Quién te lo dijo?

-Messala.

-Pero, ¿no estaba herido?

-No podrá volver a caminar. Me lo dijo entre suspiros de dolor.

Ben-Hur comprendió que, mientras viviera, el romano sería peligroso. Pero al ver al bárbaro muerto en el suelo concibió un plan.

-¿Cuánto te ha dado Messala para matarme?

-Mil sestercios.

-Yo te doy tres mil si haces lo que voy a decirte.

-Veamos, ayer gané cinco mil en el circo. Mil de Messala ya son seis mil. Dame cuatro mil, hijo de Arrio, y por ese dinero soy capaz de matar a Messala. Me sería muy fácil; me bastaría con taparle la boca.

-Comprendo. Diez mil sestercios son una fortuna. Con ellos podrás comprarte una taberna cerca del circo de Roma. Bien, de acuerdo. Pero ahora escúchame, ¿no es cierto que tu compañero se me asemeja?

-Como una gota de agua.

-Bien; si me pongo su túnica y le vestimos a él con la mía, ¿quién podría sospechar que no somos el mismo hombre? Yo salgo ahora contigo y tú dices a Messala que en el palacio de Iderneo está el cadáver de Ben-Hur. ¿Has comprendido?

-¡Ja, ja, ja! ¡Como gano diez mil sestercios! Y sin tener que derramar sangre. Sólo

diciendo una mentira. ¡Ja, ja, ja! Si alguna vez vas a Roma no te olvides de preguntar por la taberna de Thord, el normando. Te daré el mejor vino, aunque haya que quitárselo al César.

Se estrecharon la mano y procedieron al cambio de vestidos. Cuando terminaron, Thord llamó a la puerta, que les fue abierta, y salieron del palacio. Ya lejos del lugar se separaron. BenHur prometió al gigante los cuatro mil sestercios, que le serían mandados al anochecer por un esclavo.

Ben-Hur estaba satisfecho, pues el parecido que había entre él y el pugilista muerto era notable; parecido resaltado por !as ropas romanas que le habían puesto. Si el normando cumplía su palabra, Messala le daría por muerto.

Por la noche fue a casa de Simónides. Allí contó lo sucedido y el mercader le propuso que dentro de unos días pondría una denuncia anunciando la desaparición del hijo de Arrio. Acudiría al mismo Magencio si era preciso.

Más tarde, si no se tenían noticias, dejarían el caso, con lo cual, Messala y Graco quedarían tranquilos, creyendo muerto a su rival.

Ben-Hur se despidió poco después de medianoche de Simónides y al ver a Esther la besó, diciendo:

-Si encuentro a mi madre, te vendré a buscar para que seas la hermana de Tirzah.

Cruzó Ben-Hur el río y allí encontró al guía árabe. Fueron a sacar los caballos, y el hombre le dijo:

-Este es el tuyo.

¡Era Aldebarán! El más veloz de los hijos de Mira. Ben-Hur comprendió que el corazón del buen jeque debía estar sangrando tras aquel don.

El cadáver que encontraron en el palacio de Iderneo fue enterrado según las órdenes de Messala. Poco después se mandó un correo a Graco notificándole la muerte del judío.

SEXTA PARTE

I

Un mes más tarde de la partida de Ben-Hur, Valerio Graco fue sustituido por Poncio Pilatos. Esta destitución costó a Simónides cinco talentos romanos, y consiguió el cambio gracias a un amigo suyo que estaba en la cumbre del poderío.

Así ayudaba a Ben-Hur en las pesquisas que iba a realizar en favor de su madre y de su hermana. A la mañana siguiente de su llegada, Pilatos ordenó colocar las insignias militares romanas en la muralla de la Torre Antonia. Valerio Graco no se había atrevido a ello en sus once años de gobierno.

Esto le hizo ser detestado por el pueblo. Pero inmediatamente llevó a cabo una acción que le ganó de nuevo las simpatías. Ordenó una relación de todos los presos que se hallaban en las cárceles de Jerusalén con los delitos que habían cometido.

El resultado fue una liberación de centenares de presos inocentes y de otros de los cuales nadie se acordaba de su delito.

En la Torre Antonia, al recibir la orden del gobernador, se hizo una lista

meticulosa, y Gesio, el alcaide de la prisión, fue a ver a Pilatos a su palacio.

-¡Oh, tribuno! Miedo me da decirte lo que me trae a tu presencia.

-¿Otro error?

-Si sólo fuera eso...

-Habla, Gesio.

-Hace ocho años me nombró carcelero Valerio Graco. La víspera del día señalado habíamos cogido a gran cantidad de prisioneros, pues se había organizado una revuelta. Se dijo también que habían intentado matar a Valerio Graco, el cual me recibió sentado en este mismo sillón y me dijo: «Aquí tienes los planos de los calabozos de abajo. En el calabozo número cinco hay tres presos sumamente peligrosos, que tienen en su poder un valioso secreto de estado. Por ningún motivo abrirás la puerta de ese calabozo. Si alguno de los prisioneros muere, la celda será su tumba.» Dicho esto me despidió.

-¿Y bien?

-He traído el plano que me entregó Valerio. Según puedes observar hay cinco calabozos. ¿No era lógico que yo creyese que el plano era exacto?

-Claro -dijo el tribuno.

-Pues no lo es. Detrás del calabozo número cinco hay otro.

-Bien, pues haremos un nuevo plano y te será entregado.

-Pero no he terminado, noble tribuno.

-Mañana hablaremos, Gesio.

-Es que lo que tengo que decirte es de gran importancia.

-Cuéntame entonces -dijo Pilatos con evidente interés.

-Durante ocho años pasé por el ventanillo del calabozo número cinco alimentos suficientes para tres personas cada día. Cuando tú ordenaste la relación de los presos, abrí la puerta y encontré que en el citado calabozo sólo había un hombre, ciego, sin lengua y desnudo. Sus cabellos llegaban hasta el suelo y sus uñas eran tan largas que parecían las de un ave de rapiña.

»Siguiendo tus órdenes, le di un vestido, mandé que le bañaran, le cortaron el pelo y le dejé en libertad. Antes le pregunté por sus compañeros, pero me hizo señas negativas.

»En efecto, registré el calabozo y no se veían rastro de seres humanos en el interior. Si habían muerto los otros dos hombres, ¿dónde estaban sus huesos?»

-Entonces es que Valerio mintió. Esto que dices es muy grave.

-Acaba de escucharme, tribuno. Sólo te he contado la mitad de la historia. A los pocos días de dejar en libertad a aquel hombre, vino a verme lanzando aullidos. Me condujo a la celda y se puso al lado de una especie de agujero parecido al que hay en la parte exterior, por donde yo le pasaba la comida.

»Lanzó un grito y, del otro lado, una mujer respondió: «Alabado sea Dios.» Me acerqué y pregunté: «¿Quién eres?» «Una mujer de Israel encerrada aquí con su hija; socórrenos o moriremos.» Y prometiéndole ayuda inmediata me he dirigido a ti para ver qué dispones hacer.»

-Es evidente que Valerio Graco mintió respecto a la historia de los tres prisioneros. Hay romanos mucho mejores que el antiguo gobernador.

Y entonces, Pilatos, Gesio y otros hombres fueron a la Torre Antonia. Poco después se hallaban frente al calabozo número cinco.

II

Al llegar a la celda, Gesio gritó:

-¿Quién hay dentro?

-¡Somos nosotras!

Los canteros comenzaron a picar en la roca viva y las mujeres comprendieron que les estaban abriendo camino hacia la libertad.

-¡Madre! ¡Es Judá!

-¡Dios es bueno!

Al abrirse la pared entró en la estancia el tribuno, viendo con asombro cómo las dos mujeres se alejaban de él.

-¡Aléjate! ¡Somos impuras! ¡Impuras!

Esto quería decir que Tirzah y su madre estaban leprosas, y en el momento de su libertad cumplían con la obligación de alejarse de todo ser sano.

Ser leproso equivalía a estar excluido de la sociedad. A vivir en el desierto e ir cubierto de andrajos.

El tribuno, a pesar de oír esta palabra, no retrocedió.

-Mujer, dime quién eres y por qué estás aquí.

-Soy la viuda de un príncipe de Jerusalén, llamado Ben-Hur, amigo de los romanos. Esta es mi hija. El por qué estamos encerrados aquí pregúntaselo a Valerio Graco. El sabe quien es nuestro enemigo. Por favor, dadnos algo de comer y de beber.

-No te preocupes, mujer. Seréis puestas en libertad esta noche. Se os dejará abierta la puerta de la Torre Antonia, ya conocéis la ley. Se os dará ropas y agua para ¡avaros. Y ahora, adiós. No volveremos a vernos.

Poco después, y tras la partida de los hombres, llegaron unos esclavos con alimentos y dos vestidos de mujer.

Por la noche, Tirzah y su madre salieron de la celda; ¿a dónde se dirigirían?

A la misma hora en que la joven y su madre salían de la cárcel, un joven subía por el monte Olivete, para contemplar desde allí la ciudad de Jerusalén.

Este joven, vestido con una túnica de lienzo, no era otro que Ben-Hur. Mientras miraba la ciudad, su pensamiento voló hacia la casa de sus padres, rememorando la desgracia ocurrida.

Estaba en Jerusalén porque se enteró de que Valerio Graco había sido sustituido, y por esto podría emprender sin mayores dificultades la búsqueda de su madre y de su hermana, pues no habría nada que no pudiera vencer con el dinero.

Pensaba comenzar sus pesquisas preguntando en la Torre Antonia. Sabía por Simónides que Amrah, la nodriza egipcia, seguía con vida. Sería un gran paso en su tarea si la encontraba.

liderim le había dado permiso para ir de nuevo a Jerusalén en busca de su familia. Una vez encontrada podría poner todas sus fuerzas en ayudar al Rey que había de venir.

Ben-Hur bajó lentamente del monte Olivete para dirigirse a su casa.

III

Al entrar en la ciudad, Ben-Hur se halló ante la Torre Antonia. Se detuvo unos momentos a contemplarla; era inexpugnable. Si su madre y su hermana estaban encerradas allí no podría liberarlas, ni aun con un gran ejército.

Con sus negros pensamientos cruzó frente a la Torre para dirigirse a una posada y allí pasar la noche. Pero no pudo resistir la tentación de acercarse primero a su casa.

Al fin llegó a la casa de sus padres. Su mente se llenó de recuerdos; llegó a la puerta de la fachada principal y vio el pergamino que decía: «Es propiedad del emperador»; por tanto, nadie había entrado ni salido por aquella puerta desde el día trágico.

Recorrió la fachada sur sin ver tampoco a nadie. Desilusionado se sentó en la escalinata y, sumido en sus recuerdos, se quedó dormido. Fue entonces cuando dos mujeres envueltas en sus ropas llegaron a la casa.

-Esta es la casa, Tirzah.

-¡Oh, madre! Judá no ha podido llegar a ella.

-Vámonos ya, hija. Al amanecer nos echarán de la ciudad.

-Por un momento creí que nada había cambiado, y que podríamos quedarnos a vivir en esta casa como antes. Pero no es posible -sollozó Tirzah.

-Hija, no nos queda sino mendigar a la orilla de los caminos y vivir en cuevas.

-Mejor sería morir.

-¡No! Dios nos ha trazado un camino y debemos seguirlo, confiemos en El.

Al dar la vuelta a la esquina ambas mujeres vieron a un hombre dormido en la escalinata.

-Hay un hombre; vayamos con cuidado para no despertarlo. Aguarda aquí, que voy a examinar la puerta.

La mujer fue hasta la escalinata para ver si la puerta seguía sellada, y entonces el hombre dormido se volvió y su faz quedó expuesta a la luz de la luna. Por el cuerpo de la mujer corrió un escalofrío. Corrió hacia su hija, diciendo:

-¡Hija, es tu hermano, es Judá! ¡Tan cierto como que Dios existe!

La joven se lanzó para verle de cerca.

-¡No lo hagas, impura, impura!

La pobre mujer no podía, con todo su amor, contener las ansias de abrazar y besar a su amado hijo, así que se arrodilló en el suelo y con sus descarnados labios besó repetidas veces la suela de sus sandalias, cubiertas aún con el polvo del camino.

El durmiente se revolvió un momento, diciendo entre sueños: «Madre! ¡Tirzah! ¿Dónde estáis? Las dos mujeres contuvieron los sollozos, pero las consoló el ver que no las había olvidado.

Una mujer salió de la oscuridad y miró recelosamente al durmiente. La madre y Tirzah apenas tuvieron tiempo para esconderse. La mujer se acercó y, al reconocer a Judá, dio un grito y le besó con ternura.

El joven despertó y dijo:

-¡Amrah! ¿Eres tú?

La pobre mujer se echó a los pies de Ben-Hur, sollozando.

-¡Háblame pronto, Amrah! ¿Dónde están mi madre y mi hermana? ¡Dilo, por Dios!

Tirzah hizo un movimiento para avanzar hacia él, pero la madre le contuvo de nuevo. No quería que su hijo corriera el peligro de contraer la lepra, y tampoco deseaba que las viera en tan deplorable estado.

-¿Ibas a entrar, Amrah? Vamos, esta casa es mía; entremos juntos.

Los dos desaparecieron en el interior del edificio y las dos mujeres se quedaron en la puerta, observando la casa que jamás habrían de volver a poseer. Se quedaron allí dormidas, hasta que a la mañana siguiente las gentes del pueblo las echaron diciendo:

-¡Sois la muerte! ¡Iros con los muertos!

Y al oír estas palabras se fueron corriendo.

IV

En el pozo de En-Rogel se detienen los viajeros que llegan a Tierra Santa, sonríen ante la forma primitiva en que antes se sacaba el agua, y extasían su vista ante los montes Mori y Sión. Contemplan así mismo las ruinas de la ciudad de David.

Dios días habían transcurrido desde el encuentro de Amrah con Ben-Hur, cuando aquélla se dirigió temprano al citado pozo de En-Rogel.

Desde que la desgracia entró en la familia de sus amos, Amrah tenía la costumbre de ir todos los días al mercado por la noche, para comprar carne y legumbres.

La noche anterior había oído la historia de las dos mujeres leprosas liberadas en la Torre Antonia; la mujer en seguida pensó que se trataba de su ama y de la pequeña Tirzah.

Su alegría era grande y pensó en comunicarle a Ben-Hur que su madre y hermana estaban vivas y libres, pero entristecería su corazón al decirle que padecían la lepra.

Estaba segura de que el joven se lanzaría a las tumbas y cuevas, lugar donde moran los leprosos, y buscaría incesantemente sin tener en cuenta el peligro de contagio.

Así que decidió no contarle nada de lo que había oído en el mercado; pero ella se dirigió hacia el pozo En-Rogel, lugar a donde iban los leprosos en busca de agua.

Muy de mañana, con una cesta conteniendo carne y verdura, se sentó en el brocal a esperar.

Poco a poco fueron llegando niños, mujeres, ancianos, todos a buscar agua. Amrah miraba todos los rostros de aquellos espectros para ver si reconocía a las que venía a buscar.

Vio que dos mujeres salían de una cueva cercana tapada con una piedra. Las gentes que estaban alrededor del pozo les gritó:

-¡Impuras! ¡Impuras!

Al parecer eran dos recién llegadas que no conocían las normas de los leprosos y se habían acercado demasiado al pozo. Amrah, sintiendo que su corazón palpitaba apresuradamente, se dirigió hacia ellas. Las gentes comentaban que debía estar

loca para acercarse a las mujeres, pero ella seguía caminando. Al llegar cerca de ellas las miró con atención y pensó: -Son muy viejas para que sean ellas. Me retiraré. Pero, cuando iba a separarse, una voz la llamó:

-¡Amrah!

-¿Quién me llama?

-¡Somos nosotras, Amrah! ¡Somos las que buscas!

-¡Ama! ¡Bendito sea Dios! ¡Ama mía!

-No te acerques, Amrah. ¡Somos impuras!

La sirvienta cayó en el suelo sollozando de una manera tan triste, que incluso conmovió á las personas que estaban en el pozo.

-¿Y Tirzah?

-Estoy aquí, Amrah. ¿Quieres darme un poco de agua? -He traído comida.

-Deja aquí la cesta y tráenos un cántaro de agua. Nos lo llevaremos a la cueva. La gente no permitiría que comiéramos aquí.

Amrah se fue al pozo y era tanta su pena que las gentes le ayudaron a llenar el cántaro. Regresó y dijo:

-Ama, ¿qué puedo hacer por ti?

-Sé que Judá ha vuelto, pues le vi hace dos noches en la escalinata de la casa. No le digas que nos has visto.

-¡Pero ama, si ha venido desde muy lejos para buscaros!

-No se lo digas, Amrah. Desde hoy vendrás por la mañana y por la noche a traernos lo esencial para comer. Y nos hablarás de él.

-Me dará tanta pena ver lo que se afana en buscaros y no poder decir nada...

-Comprende que para nosotras sería muy duro que nos viera como estamos.

Amrah se fue y volvió por la noche, y así siguió llevándoles cuanto podían necesitar.

V

Malluch se encontraba en Jerusalén recogiendo informes en la Torre Antonia, para conseguir todos los datos posibles sobre la familia de Hur.

Gesio, el carcelero, le dio todas las noticias acerca de las dos mujeres encerradas en el calabozo, y le notificó que habían sido puestas en libertad una semana antes y que eran leprosas.

Al conocer Ben-Hur la noticia, la desesperación se pintó en su rostro.

-¡Pobres! ¡Leprosas! ¿Dónde estarán? ¡Quizás se estén muriendo! ¡Voy a buscarlas!

A pesar de los intentos de Malluch para disuadirle de su plan, no pudo impedir que le acompañara a las ciudades de' los leprosos, buscando incesantemente durante un mes, ofreciendo recompensas, pero sin éxito.

Las dos mujeres sabían desviar siempre la búsqueda. Al fin se enteraron de que unas semanas antes apedrearon a dos mujeres leprosas frente a la puerta del pescado, y supusieron que habían sido ellas.

-¡Mi madre y mi hermana apedreadas! ¡No es suficiente lo que han sufrido! ¡Han tenido que ser apedreadas en su propia ciudad natal! ¡Puede que estén muertas!

Lleno de cólera, Ben-Hur regresó a la posada. Al llegar encontró un grupo de hombres que protestaban.

-¿Qué ocurre?

-¡Vamos a ir a hablar con Pilatos!

-¿Por qué?

-Dicen que quiere pagar el nuevo acueducto con el dinero del Templo.

-¿Con el tesoro santo?

-¿Qué hay de sagrado para los romanos? ¿No fueron ellos los que profanaron el Tabernáculo?

-¿Y tú quién eres?

-Soy un hombre de Judá. Hombres de Galilea, ¿queréis que vaya con vosotros? -dijo Ben-Hur.

-Vamos a luchar -dijo uno de ellos.

-No seré yo el que huya. ¿Contra quién será la lucha?

-Contra la guardia.

-¿Y con qué armas?

Los hombres se miraron unos a otros en silencio. Ben-Hur continuó:

-Saldremos del paso; pero hemos de elegir un jefe, los pretorianos siempre tienen a

alguien que les dirige.

Los galileos aclamaron a Ben-Hur, que se erigió en jefe del pequeño grupo. Todos juntos se dirigieron al Pretorio. Los rabinos y los ancianos habían entrado en él, y una multitud enfurecida aguardaba fuera.

-¿Qué pasa?

-Los rabinos y ancianos han pedido audiencia a Pilatos, pero éste se la ha negado ya tres veces. Le han mandado un emisario advirtiendo que no se irán sin haber sido recibidos.

El día avanzaba y, a pesar de que comenzó a llover, la multitud no se dispersaba, sino al contrario, iba aumentando, y se repetían los gritos:

-¡Que salga!

-Pilatos, si eres gobernador, ¿por qué no sales?

-¡El pueblo de Israel no es nada! Somos unos perros de los romanos.

-¿Se atreverá a tocar el tesoro?

Entretanto, Ben-Hur trataba de mantener a los galileos en un grupo compacto. El joven pensó que Pilatos esperaba que la multitud le diese una ocasión para emplear la fuerza.

Se alzó por la tarde un gran griterío. Uno de los hombres de Ben-Hur fue alzado y dijo que veía cómo un grupo de hombres, vestidos como los judíos, pegaban con palos a la gente del pueblo.

-¿Quiénes son? -preguntó Ben-Hur.

-Son romanos disfrazados. Sus palos caen sin piedad sobre la gente. Acabo de ver cómo un rabino caía al suelo.

-¡Hombres de Galilea! -dijo Ben-Hur-. Vamos a por los romanos. Cojamos ramas de los árboles.

Todos lo hicieron así y acometieron a los romanos. Ben-Hur era el que más pegaba. Su habilidad se hacía notar. Su grito animaba a sus amigos y hacía que los atacantes corrieran a refugiarse en el pórtico.

-¡Alto! ¡Ahí viene un centurión con su guardia! Con esas armas no podemos luchar. Dispersaos.

-¡No huyáis, perros de Israel! -gritaba el centurión.

-Si nosotros somos perros, vosotros sois chacales de Roma -dijo Ben-Hur.

El centurión le detuvo.

-¿Tú eres judío o romano?

-He nacido aquí.

-Espera y nos veremos las caras.

-,Tú solo? ¡Ahora mismo! Pero estoy desarmado...

-Toma mis armas, yo tomaré otras.

-Estoy dispuesto.

La gente se agolpaba en la calle y en las azoteas, gritando y rezando. Ben-Hur pensó que esta era buena ocasión para comenzar a abrir paso al nuevo Rey.

Durante unos instantes ambos contendientes lucharon, hasta que al poco Ben-Hur hizo penetrar la espada en el costado del centurión, que cayó al suelo.

Los soldados permanecieron silenciosos, mientras la multitud aclamaba a aquel joven desconocido. Ben-Hur solicitó el escudo y la espada del centurión muerto y se fue.

Se reunió con sus compañeros galileos y les dijo:

-Debemos separarnos ahora. Esta noche venid a la posada de Betania. Tengo que deciros cosas importantes para Israel.

-¿Quién eres?

-Un hijo de Judá.

-Ésta noche nos veremos -dijeron los galileos.

-Llevad esta espada y este escudo para que os reconozca. De esta manera se dio a conocer Ben-Hur entre los galileos.

SÉPTIMA PARTE

I

La hazaña realizada por Ben-Hur en la plaza del mercado le había proporcionado gran influencia. Tras la reunión con los galileos, en la posada de Betania, se dedicó a organizar tres legiones, que adiestró en el desierto.

Al final del invierno ya estaban dispuestas; podía haber preparado más, pero no se atrevió por no despertar recelos en los romanos.

Cada hombre preparado fue mandado a su pueblo o aldea, y allí se dedicaba a entrenar a los demás, formando de esta manera el núcleo de nuevos ejércitos.

Ésta obra la consiguió gracias a la ayuda de Simónides y de Ilderim, que creían, igual que Ben-Hur, que el nuevo Rey vendría a derrotar a los romanos. La noticia de la llegada de este Rey había causado honda impresión en el pueblo judío.

Una tarde, cuando el joven israelita descansaba a la puerta de la caverna que le servía de cuartel general, recibió una carta de Malluch, la cual decía que un profeta se había levantado entre los hombres. Había permanecido muchos años en el desierto y anunciaba la llegada del Rey.

Ben-Hur, sin perder un instante, se puso en camino. Mandó una carta a Simónides y otra a Ilderim, para anunciarles la buena nueva, y él partió camino del Jordán.

Cabalgaron toda la noche y, al amanecer, el guía que le acompañaba dijo que les seguían unos viajeros. Un camello y un hombre a caballo.

Ben-Hur se detuvo y comprobó con sorpresa que se trataba de Baltasar e Iras.

-¡La paz del cielo sea con vosotros! -dijo Baltasar.

-Y contigo -respondó Ben-Hur.

-Aunque soy viejo, y mis ojos no ven mucho, creo reconocer en ti al hijo de Hur, que conocí en la tienda de lderim el Generoso.

-Soy yo, y tú eres Baltasar, el culpable en parte de que me encuentre aquí. ¿A dónde vas solo?

-Él que está con Dios nunca está solo. Iba con una caravana que se dirige a Alejandría pasando por Jerusalén, pero estoy tan impaciente por llegar que nos hemos adelantado.

-Pongámonos en marcha ahora. Conozco una fuente donde desayunar.

Al poco rato llegaron a un valle hermosísimo en el que crecían vides, palmeras y olivos silvestres. A la entrada de un bosquecillo corría un arroyo fresquísimo. Iras y Ben-Hur se dirigieron hacia él a buscar agua.

-Bebe tú primero -dijo Ben-Hur a la bella egipcia.

-Es mejor ser copero de un afortunado que ministro de un rey.

-¿Es que yo soy afortunado? -dijo el joven.

-¿Acaso no ganaste en el circo? ¿Acaso no mataste a un centurión?

Ben-Hur se percató de que, al parecer, su combate con el romano era conocido ya en todo Oriente. Ben-Hur se sentía confuso al verse admirado por la bella joven.

-¡Gracias, dioses, por haberme permitido descubrir a un héroe! Bebo yo ahora. Y tú, ¿acaso es corriente que un héroe se vea derrotado por una mujer? Y ahora bebe, y encuentra palabras dulces para mí.

El joven seguía turbado.

-Los hijos de Israel no tienen dioses por quien brindar.

Pero de ser egipcio, romano o griego, te diría: ¡Gracias, dioses,por permitirme vivir en el mundo y contemplar los encantos de la bella Iras, la más hermosa de las hijas del Nilo!

-Te acusaré a los rabinos. Has pecado contra los dioses.

Además, le diré a la joven que cuida las rosas en el jardín del gran comerciante de Antioquía...

-¿Qué le dirás?

-Le diré lo que me has dicho con la copa levantada, y pondré a los dioses por testigos.

Llegó entonces Baltasar, diciendo:

-Te doy las gracias por habernos dirigido a este hermoso lugar, y te ruego que compartas nuestra comida.

Tras lavarse las manos, Ben-Hur se sentó en el suelo y gustó de los exquisitos manjares de Baltasar.

II

Al finalizar la comida, Baltasar preguntó:

-¿Vas hacia Jerusalén, Ben-Hur?

-Sí. Hacia allí me dirijo.

-¿No conoces otro camino más corto? Siento impaciencia por llegar. En sueños una voz me dice cada día que me apresure, que el Rey está a punto de venir.

-Voy a darte noticias más concretas, Baltasar. Voy a Jerusalén porque Malluch me escribió diciendo que un profeta ha aparecido en el desierto, anunciando la próxima venida del Rey.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó Baltasar-. Concédeme el don de verle de nuevo, y ya podré morir tranquilo.

-¿Crees todavía que este Rey será un salvador de las almas?

-Nada me ha hecho cambiar de opinión. Escúchame, hijo de Hur, y quizá logre convencerte de la superioridad del Reino que yo espero. Nadie puede decir desde cuándo el hombre cree en la superioridad de las almas. Debemos preguntarnos qué tiene más valor, si esta vida corta o toda la eternidad al lado de Dios. Es mucho más importante que venga un salvador que consiga que las almas vivan eternamente, felices al lado de Dios, que no conseguir la dicha humana momentánea, que dura solamente un minuto comparada con la eternidad.

Tras estas palabras, un profundo silencio se extendió por el campamento. Luego dijo el anciano:

-Prosigamos el camino.

Durante el camino, Ben-Hur sentía que su corazón latía más apresuradamente

cuando los ojos de la bella Iras se posaban en él. La mujer, con femenina coquetería, se adornaba con sus mejores galas para llamar la atención del joven.

Por la noche llegaron a un lugar y acamparon. Ben-Hur, a quien correspondía la segunda guardia, estaba cumpliéndola, soñando con la hermosa egipcia, cuando una mano se posó en su hombro. Era Iras.

-Creí que dormías.

-He salido a ver a mis amigas las estrellas. El sueño es para los viejos y los niños.

-¿He sido sorprendido por un enemigo?

-De niña me besó Isis en el corazón, y no permitirá que la enfermedad del odio me posea.

-Por lo que veo, tú no compartes las ideas religiosas de tu padre.

-Ahora no, quizá porque no he visto lo que él. Quizá creeré cuando sea vieja. La religión no debería existir para los jóvenes: sólo el amor y la poesía. Tengo un deseo ahora, ¡hijo de Hur!

-¿Cuál es?

-Deseo protegerte.

-¿Y por qué tienes que ser tú precisamente? ¿No comprendes que con mi silencio garantizo la vida de otros?

-Ya lo sé. Durante todo el día he estado observándote y me he dado cuenta de que sobre ti pesa una gran responsabilidad. He oído tu conversación con mi padre. Vais a buscar al Rey, a un rey más poderoso que Herodes. El que sirva al Rey, conseguirá de él lo que desee.

-¡Si el Rey me concede una corona, la pondré a tus pies!

¡Dime qué quieres, que lo haré por tu amor!

-Servirás al Rey y conseguirás sus más preciados dones, y su mejor soldado será mi héroe. ¿Permitirás que te ayude y me contarás todas las cosas?

Ante aquella pregunta se enfrió el entusiasmo de Ben-Hur.

-¿No tienes bastante con mi amor?

-Sólo la completa confianza es base del amor perfecto.

-Eres cruel, Iras.

Y la bella desapareció.

III

Tres días después los viajeros llegaron a orillas del Jordán; gran multitud de personas estaban congregadas en aquel lugar. Baltasar detuvo a un hombre para interrogarle:

-¿Para qué se ha reunido aquí tanta gente, amigo?

-¿No sabéis la buena nueva? Hay un hombre que ha vivido en el desierto toda su vida y que dice que es el enviado del Mesías para prepararle el camino. Cuando le preguntan si es Elías o el Cristo, responde siempre: «Yo soy la voz que clama en el desierto. Enderezad los caminos al Señor.»

-¿Dónde encontraremos a este predicador?

-En Betabara.

-Partamos -dijo Baltasar después de despedir al hombre-, me siento con fuerzas para continuar el viaje.

Al llegar al lugar indicado, vieron un numeroso grupo de gentes que discutían

acaloradamente sobre las palabras del profeta. Creían que habían llegado demasiado tarde, pero un personaje singular se acercó hacia ellos.

Vestía con una piel de camello, y su piel estaba seca y curtida por el sol del desierto. Una cabellera sucia y enmarañada cubría su espalda.

-¿Este es el heraldo del Rey? -dijo Iras.

Ben-Hur también se sintió un tanto extraño. No así Baltasar, quien sabía que los caminos de Dios eran muy diferentes a como los hombres los imaginaban.

En aquel momento, un hombre que había estado sentado en una piedra, se levantó y el profeta, como si viera una visión, le señaló, diciendo:

-Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El hombre era joven, vestido con una túnica muy sencilla, y no llevaba alforjas. Su rostro, de nariz hebrea y de cutis fino, acentuaba unos ojos penetrantes de color azul oscuro. Todo su ser reflejaba inteligencia, amor, melancolía; pero no había en su rostro signo de debilidad, sino todo lo contrario: reflejaba enérgica voluntad.

Muy majestuoso se acercó a los viajeros. Miró a Baltasar y a Ben-Hur. No a Iras, a pesar de que su belleza atraía las miradas de las gentes.

Baltasar cayó a sus pies, exclamando:

-¡Es El! ¡Es El!

Ben-Hur miró con detenimiento y admiración aquel rostro.

Recordaba haberle visto en otra ocasión, pero no podía localizarlo en el tiempo. Al fin recordó la escena del pozo de Nazaret y del joven que le dio de beber.

En el momento en que bajaba del caballo para rendir homenaje a su bienhechor, Iras gritó:

-¡Ben-Hur! ¡Mi padre se muere!

Corrió al lado de Baltasar, que yacía inconsciente en el suelo Lo reanimaron y, en seguida, el viejo preguntó:

-¿Dónde está El?

-¿Por quién preguntas, padre mío?

-Por el Hijo de Dios, ¡el Redentor!

Se fueron ese día y a la mañana siguiente volvieron de nuevo a Batabara. Allí estaba otra vez el joven y la voz de Juan, el profeta, decía:

-¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

Ben-Hur preguntó a un hombre que quién era aquel joven señalado por Juan.

-Es el hijo del carpintero de Nazaret.

OCTAVA PARTE

II

-Esther, que me traigan una copa de agua.

Simónides y su hija se hallaban en la casa de Ben-Hur, en Jerusalén. Habían llegado pocos días antes. Habían transcurrido ya tres años desde la aparición del Cristo en Betabara.

Ben-Hur mandó reparar el palacio de sus padres, y le devolvió su antiguo

esplendor. Lo compró por medio de Malluch y no se atrevía aún a presentarse con su antiguo nombre, por no despertar sospechas.

Baltasar e Iras vivían asimismo en la casa.

Simónides se pasaba el día sentado en la terraza, observando su ciudad natal sin descanso. Pero no olvidaba sus asuntos. Esther le trajo una carta de Ben-Hur.

La muchacha se ruborizó al conocer el remitente.

-¿De quién es la carta, Esther?

-De nuestro amo, padre.

-¿Tú le amas?

-Sí.

-¿Sabes que él no te ama? El ama a la egipcia.

-Lo sé.

-Ella es muy hermosa; pero, como todas las hijas del Nilo, carece de corazón. Una hija que desprecia a su padre no puede ser buena esposa.

-¿Desprecia a su padre?

-Ella se burla de él. Pero yo sé que tú nunca lo harías.

Eres hija de tu madre; eres una hija de Judá. Si yo le hubiera devuelto su fortuna, quizá él podría haberte amado. El dinero lo puede todo. El se casará con la egipcia, y cuando no sea feliz, se fijará en ti.

-Sálvale, padre, antes de que sea tarde.

-Se puede salvar a un hombre que se ahoga, no a uno que se enamora.

Esther leyó la carta de Ben-Hur. En ella les anunciaba que el Nazareno estaba en camino, y que él con sus legiones le seguía de cerca; no despertaba sospechas porque mucha gente iba a Jerusalén con motivo de la Pascua.

Al terminar de leer la carta entró Iras en la terraza, saludando cordialmente. Estaba más hermosa que nunca.

-Simónides, me recuerdas a los sacerdotes persas, que suben a la azotea del templo para ver el sol poniente.

El mercader miró a la egipcia con gravedad. Ella cogió a Esther de la mano y se la llevó al otro lado de la terraza.

-Vámonos a hablar un rato, Esther. ¿Has estado alguna vez en Roma?

-No.

-¿No deseas ir?

-No.

-Tu vida es muy triste. Eres muy ingenua. Pero no te enfades, ha sido una broma. Voy a decirte algo confidencial: esta noche viene el Rey, el Nazareno. Y también Ben-Hur. Mira lo que dice en su carta. Me promete regalarme un palacio junto al Tíber, eso significa que...

Calló al oír un rumor de pasos. Por la calle avanzaba un hombre. Era Ben-Hur. La egipcia se excusó y bajó a recibirle, mientras en la terraza quedaba Esther, llorosa de vergüenza y de dolor.

II

Una hora más tarde estaban Baltasar, Simónides y Esther en una sala de la casa, cuando entraron Ben-Hur e Iras. Tras saludar a los presentes y mirar a la joven hebrea con admiración, el joven se sentó y habló a los presentes.

-Voy a hablaros del Nazareno. He ido tras El durante muchos días, he vivido a su lado y puedo decir qué clase de hombre es. Por una parte parece que sea un hombre como todos, pero a veces parece que es superior a los demás.

-¿En qué aspecto es superior? -preguntó el mercader.

En aquel instante entró Amrah en la habitación. La viejecita, sin preocuparse de los presentes, se arrodilló a los pies de su amo y le besó en las manos.

-¿Sabes algo de ellas, querida Amrah?

La mujer sollozó por toda respuesta y el joven, disimulando unas lágrimas, prosiguió:

-Siéntate, Amrah, y escucha lo que voy a contar de un hombre maravilloso. Mañana llegará para visitar el Templo, que el llama «la casa de mi Padre.» Viaja con doce hombres, pescadores y labradores, de la más humilde condición. Va siempre a pie, sin preocuparles el viento, el frío o la lluvia, y duerme en medio del camino, en el suelo.

»No tiene nada suyo y no codicia lo de los demás; al contrario, compadece a los ricos. Yo he visto cómo convertía el agua en vino. También como multiplicaba cinco panes y dos peces, y con ellos dio de comer a cinco mil personas. Yo estaba entre ellas, y comí pan y pescado.»

-¿Es cierto eso? -exclamó Simónides.

-Todo lo que os cuento lo he visto con mis propios ojos. Un tullido salió a su paso, pidiendo que le curara, y tras decirle: «Vete a tu casa», el tullido se levantó y se fue con la camilla a cuestas.

»Vosotros sabéis también el terrible mal que es la lepra; pues al camino salieron diez leprosos pidiéndole curación; esos hombres se fueron limpios, con sólo una palabra del Nazareno quedaron curados.»

Al oír estas palabras, Amrah se levantó y se movió nerviosamente. Se fue de la habitación sin que nadie se diese cuenta de ello.

-Jamás he oído tales prodigios -dijo Baltasar.

-Es extraordinario -añadió Simónides.

-Aún hay más. Yo le he visto resucitar a muertos. ¿Quién puede hacer esto?

-Dios -dijo Baltasar gravemente.

Todos los presentes enmudecieron, pero luego se inició una discusión. Simónides seguía convencido de que el Cristo venía a conseguir la libertad política, mientras Ben-Hur se inclinaba ya hacia la idea de Simónides, de que el Nazareno era el Redentor de las almas.

-Mañana se aclarará todo. Sea la paz con vosotros. Y Ben-Hur partió para Betania.

III

La primera persona que a la mañana siguiente salió de Jerusalén fue Amrah. Como los guardias ya la conocían no la interrogaron cuando pasó. Se dirigió apresuradamente al Jardín del Rey, lugar donde vivían los leprosos.

Al llegar al lugar donde vivían sus amas, vio que la viuda estaba en la entrada de la cueva, afligida. La enfermedad había hecho grandes progresos en ella, de manera que

la pobre mujer no se atrevía a quitarse el velo que cubría su cara, por no afligir a su hija.

Al ver que Amrah corría hacia ella, le gritó:

-¡Apártate! ¡Inmunda! ¡Inmunda!

Pero la esclava, reprimido tanto tiempo el deseo de abrazar y besar a su ama, no pudo contenerse y le besó el vestido repetidas veces.

-Pero, ¿qué haces? ¿No ves que nos estás perdiendo? Ahora tendrás que quedarte con nosotras. ¿Qué haremos sin los alimentos que nos traías?

-Es que traigo buenas noticas, mi ama. Hay un hombre maravilloso que cura a los enfermos. Judá vino ayer a casa y lo contó. Dijo que había curado a diez leprosos y hasta había resucitado a muertos.

-Pero, ¿quién es ese hombre?

Salió Tirzah del interior de la cueva a escuchar lo que ocurría.

-Dice que es un nazareno.

-¿Y Judá te ha enviado a nosotras con la noticia?

-No, él supone que habéis muerto.

-Si Judá lo ha contado es que no es mentira. Puede que sea el Mesías.

-He venido para acompañaros; hoy llega El a Jerusalén desde Betania y pasará por un camino cercano de aquí. Vamos a verle.

-Sí, vamos a Ir. Trae un poco de agua del pozo, Amrah. Comeremos algo y luego nos iremos.

Comieron poco porque estaban inquietas ante esta noticia, y partieron en seguida; descendieron por la colina y se detuvieron en el sendero.

-No nos dejarán ir por el camino; así que mejor vayamos por el bosque y el monte. Hoy es un día de fiesta y mucha gente irá por los caminos. Es mejor que vayamos por sitio seguro; sino, nos apedrearán.

Llegaron a la falda de un pequeño monte. Tirzah se hallaba muy débil y creyó que no podía subir. La fiel Amrah, olvidando todo temor, pasó el brazo de la muchacha por su hombro y la ayudó a subir.

La joven, a pesar de la ayuda de Amrah, gemía de dolor a cada paso.

-Madre, vete tú, yo no puedo seguir.

-Pero hija, la curación sin ti no tiene ningún valor para mí. Además, ¿qué le diría a Judá?

Un hombre se acercó por el camino. La madre le preguntó desde lejos.

-¿Pasará por aquí el Nazareno?

-Sí, ¿quién crees que es El?

-El Mesías.

-Si tu fe es igual al conocimiento de la verdad llámale desde lo alto de este monte cuando pase por aquí. El te oirá por grande que sea el ruido que haya a tu alrededor. Yo voy a la ciudad a preparar su recibimiento. Acepta mi agua, porque El no llegará aquí hasta el mediodía, y tendréis sed.

-¿Eres hebreo?

-Sí, y también soy discípulo de Cristo, que nos enseña a obrar con caridad.

El hombre se alejó y las mujeres se sentaron sobre una roca, para esperar la llegada del Mesías.

IV

Poco antes del mediodía apareció una muchedumbre en el camino, iban cantando y bailando. Un hombre montado sobre una mula iba en medio de ellos.

La viuda preguntó a Amrah:

-¿Qué dijeron los leprosos cuando pidieron al Mesías que les curara?

-Judá dijo que le pidieron que tuviera piedad de ellos.

-Está bien.

Las leprosas se dieron cuenta en seguida de quién era el

Nazareno. Era el hombre montado sobre la mula. En su rostro se reflejaba la bondad y la sencillez.

La viuda, animosa, dijo:

-Vamos, Tirzah, ha llegado el momento.

Se adelantó y se postró de hinojos cerca del camino. El griterío de la multitud era inmenso.

La mujer dijo:

-Adelantémonos un poco más, sino no nos oirá.

Se adentraron hasta cerca del camino. La gente, al verlas, enmudeció.

-¡Son leprosas!

-¡Apedreadlas!

Las mujeres, arrodilladas, gritaban:

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Cúranos! ¡Ten piedad de nosotras! El Mesías llegó hasta aquel lugar y, deteniéndose, miró a la mujer.

-Mujer, ¿tú crees que Yo puedo hacer algo por ti?

-¡Sí! ¡Tú eres el Mesías! ¡Tú eres el Hijo de Dios!

-Mucha es tu fe. Que se cumpla lo que me pides.

Y prosiguió su camino, junto a las gentes que cantaban.

Las tres mujeres se quedaron en un recodo del camino, dando gracias a Dios y creyendo en su curación.

Ben-Hur iba en la comitiva que acompañaba al Nazareno, y se retiró un poco de ella para ver a las mujeres que habían sido curadas. Le interesaban porque deseaba resolver sus dudas acerca de la misión del Maestro. Quería ver a los que habían sido curados por El; conocer sus impresiones.

Se acercó a las mujeres y con asombro reconoció a Amrah; se acercó a ella, diciendo:

-¡Amrah! ¿Qué haces aquí?

La sierva se arrodilló llorando, presa de la emoción.

-¡Dios es bueno!

Ben-Hur se volvió a ver a las otras mujeres y su corazón se paralizó un momento. Reconoció al instante a su madre y a su hermana. ¿Era sueño o realidad?

-¡Madre! ¡Tirzah!

Los tres se abrazaron llorando y riendo. La madre fue la primera en recobrarse.

-No comencemos nuestra existencia juntos siendo ingratos. Arrodillémonos y demos gracias a Aquel que ha hecho posible nuestra actual dicha.

Los cuatro se arrodillaron y la viuda recitó un salmo en alta voz. Luego, Judá se apresuró a preguntar:

-Madre, ¿quién es el Nazareno?

-¡El Mesías!

-¿Quién le ha dado su poder?

-¿Ha hecho alguna vez el mal?

-Nunca.

-Entonces, el poder le viene de Dios.

Ben-Hur se debatía entre sus dudas. ¿Sería el Hijo de Dios? ¿Sería el Rey que Israel esperaba? La madre preguntó:

-¿Qué vamos a hacer ahora?

-Es mejor que acatemos la ley.

Miró a su madre y a su hermana por si en la piel había señales de lepra, pero no era así. Luego dio su manto a su hermana, y al hacerlo descubrió la espada que llevaba.

-Hijo, ¿estamos en guerra?

-No; pero quizá haya que defender al Nazareno.

-¿Los romanos son sus enemigos?

-No sólo los romanos; también los rabinos y los doctores son sus enemigos, a pesar de que es el hombre más pacífico que he conocido.

Judá acompañó a las mujeres a un sepulcro cercano y allí las mandó aguardar, mientras él iba a Jerusalén a arreglar su nueva situación.

V

Ben-Hur levantó dos tiendas para que su hermana y su madre vivieran tranquilas en las afueras de la ciudad, mientras esperaban que fuese un sacerdote a certificar su curación.

Por realizar todos estos trámites, Ben-Hur no pudo asistir a la fiesta de la Pascua, pero en cambio oyó el relato de las desgracias ocurridas a las dos mujeres, y su odio contra los romanos se acrecentó con violencia.

Estando en aquellas tiendas, Ben-Hur recibía de vez en cuando a algún mensajero de Jerusalén, que le mantenía informado de los últimos acontecimientos. Así se enteró de que se tramaba un atentado contra el Nazareno; pero el hebreo pensó que no se atreverían a tocarle en el momento en que todo el pueblo le aclamaba.

Pero al cabo de dos días, Ben-Hur se dirigió hacia la ciudad. Fue en seguida a su casa y allí encontró a Iras, que le recibió cubierta de velos y con un cambio en su manera de hablar y en sus facciones.

-Llegas a tiempo, hijo de Hur, para darte las gracias por tu hospitalidad. Mañana sería tarde, pues me voy de aquí esta misma noche. ¿Puedes decirme dónde está el famoso Rey de Israel? ¿Ha destruido ya el poderío romano?

-Ten paciencia.

-Creí que ya serías virrey, y que yo compartiría tu trono. Vi como el Nazareno entraba en la ciudad sobre una mula. ¿Ese es el Rey, el Redentor?

-Dime qué pretendes, Iras. Si debo olvidarte lo haré y seguiré solo mi camino.

-Tienes permiso para dejarme. No tengo nada que explicarte. Pero, ¿sabes lo que sé de ti?

-¿Qué?

-Que estuviste tres años en galeras, que mataste a un hombre en el palacio de Iderneo, que mataste a un centurión, y que preparaste a tres legiones a espaldas del Imperio, y para combatirle. ¿Sabes lo que eso significa?

-Veo que estoy en tus manos. Pero no te doy muerte porque eres una mujer. ¿Quién te ha contado estas cosas de mí?

-Las tiendas del jeque llderim no son tan cerradas como para no enterarme de las conversaciones de mi padre con el árabe. Y tú mismo me has dicho muchas cosas,

hijo de Hur. En una mujer no existe la felicidad si no tiene amor. Hay un hombre que fue amigo tuyo y que luego os convertisteis en enemigos. Os encontrasteis de nuevo en el circo de Antioquía.

-¡Messala!

-El mismo. Por ti perdió su fortuna y quedó inválido para el resto de sus días. Dale seis talentos, que para ti no es nada.

-¿Esto que me dices te lo ha encargado Messala?

-Piensa lo que quieras. Messala es un espíritu noble...

-Dime la verdad, Iras, o no respetaré tu condición de mujer -dijo Ben-Hur cogiendo a la mujer por un brazo.

-¡Suéltame! ¿Creíste que mi amor por ti era verdadero? Todo lo hice por él. Ahora tendrán que ser veinte talentos más, para compensarme de la repugnancia de haber tenido que estar a tu lado.

-¡Escucha, egipcia! Puedes ir a ver a Messala y decirle que he recuperado toda la fortuna que me arrebató; que mi madre y mi hermana, después de haber sido encerradas en la Torre Antonia, vuelven a estar a mi lado, llenas de salud; que la fortuna que me dejó Arrio está toda vendida y en manos de Simónides, que la administra, y que no le envío mi maldición, pero sí una persona que es la síntesis de todas las maldiciones.

Y tras estas palabras, acompañó a la mujer a la puerta y la despidió.

VI

Ben-Hur dejó a Iras, y pensó con horror que durante años había estado a merced de esa mujer. Mientras pensaba si Baltasar sería cómplice de su hija, subió a la terraza, y allí encontró a Esther, dormida. La contempló durante unos instantes, comparándola con la perversa Iras.

Salió luego a la calle, donde la multitud asaba la carne para las ofrendas; muchos le invitaron a que tomara parte con ellos en las ceremonias, pero Ben-Hur se dirigió a las tiendas donde estaban su madre y su hermana.

Cogió el caballo para salir de la ciudad, cuando unas antorchas brillaban en la oscuridad. Eran soldados de Roma acompañados por criados de los sacerdotes Anás y Caifás.

¿A dónde irían a aquellas horas? Les siguió sigilosamente y vio que entre ellos había un hombre de los que seguían al Maestro, el llamado Judas Iscariote.

Comprendió inmediatamente lo que ocurría. El discípulo había vendido al Maestro e iban a prenderle. Les siguió y llegaron a un huerto en las afueras de la ciudad.

Reconoció al Cristo; estaba rodeado por sus otros discípulos. Los recién llegados le preguntaron:

-¿Quién eres?

-¿A quién buscáis?

-A Jesús de Nazaret.

-Yo soy -dijo el Maestro.

Fue entonces cuando Judas se adelantó y dando un beso a Jesús le dijo:

-La paz sea contigo.

-¿Con un beso vendes al Hijo del Hombre? Como nadie decía nada, volvió a preguntar: -¿A quién buscáis?

-A Jesús de Nazaret.

-Yo soy.

Al fin los soldados se adelantaron para prenderle; uno de sus discípulos sacó una espada y cortó una oreja a uno de los

criados de los sacerdotes del Templo.

Jesús, en un acto de caridad, le curó, diciendo:

-No sufras más.

Las gentes presentes se quedaron perplejas. Jesús dijo:

-Guarda esa espada. He de apurar hasta las heces el cáliz que mi Padre me envía.

Los soldados se lo llevaron, mientras Ben-Hur trataba de hacer algo para impedirlo. Se acercó como pudo a Jesús, abriéndose paso entre la muchedumbre; cuando llegó a su lado le dijo:

-Maestro, dime si vas con estos hombres por tu voluntad. Dime si quieres que haga algo para impedirlo; soy tu amigo.

Pero la gente empezó a darse cuenta de la presencia de BenHur, y comenzaron a gritar:

-¡Prendedle!

-¡Es uno de los suyos!

El judío se deshizo como pudo de las gentes que le acosaban, y sudoroso y ensangrentado volvió al sitio donde había dejado su caballo, regresando a las tiendas donde se hallaban su madre y su hermana.

Por la noche apenas pudo dormir. Su preocupación era grande. ¿Qué pretendía el Mesías? Sus pensamientos también se dirigieron hacia Esther, la hija de Simónides.

VII

Era el amanecer, dos jinetes llegaron ante las tiendas de Ben-Hur. Le comunicaron que el Nazareno había sido condenado a muerte por Pilatos. Que el gobernador trató de eludir la responsabilidad por dos veces, pero a la tercera, y viendo la insistencia del pueblo, se lavó las manos, diciendo: «Sobre vosotros caiga este crimen»; a lo que los judíos respondieron: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Iba a ser crucificado aquella misma tarde en el monte Gólgota.

Llamó Ben-Hur a su criado árabe para que le preparara el caballo y las armas. Uno de los recién llegados le preguntó:

-¿A dónde vas?

-A reunir a las legiones.

-Has de saber que todos están de parte de los sacerdotes;

sólo nosotros dos te permanecemos fieles.

-Pero, ¿qué pretenden los sacerdotes?

-Matarle.

-Vamos al Gólgota.

Por el camino se encontraron con muchos grupos de personas, que acudían para ver morir a Jesús. Entre ellas estaban Simónides, Esther y Baltasar. Ben-Hur se acercó a ellos y les dijo:

-La paz sea con vosotros. ¿Os dirigís al Gólgota? Cuando termine el desfile os acompañaré allí.

Los gritos de la multitud, furiosos y crueles, estremecieron el corazón de Ben-Hur

y de sus acompañantes. El Mesías avanzaba penosamente por la calle, bajo la cruz. Sus sienes estaban desgarradas por la corona de espinas, sus pies dejaban huellas de sangre en el suelo, su rostro estaba lívido. Un campesino le ayudaba a llevar la cruz.

Cuando llegó a la altura de Ben-Hur y los suyos, el Mesías alzó los ojos para mirarles. Esther se abrazó a Simónides sollozando, Baltasar enmudeció y Ben-Hur exclamó:

-¡Dios mío! ¡Dios mío!

Simónides gimió:

-¿Y tus legiones?

-Han desertado. Sólo me quedan estos dos hombres fieles.

Dos hombres seguían al Nazareno cargados con sus cruces. Eran dos ladrones que habían de morir uno a cada lado del Maestro. Detrás de la comitiva iban los sacerdotes.

Unas mujeres lloraban cerca de ellos. Eran María, la madre del Nazareno, y otras piadosas mujeres. Estaba Juan con ellas, el discípulo más querido.

Simónides dio la señal para ir hacia el Gólgota. Ben-Hur se separó un momento del grupo y fue hasta un corrillo de galileos; les dijo:

-Esperadme cerca de la cruz; cuando yo dé la señal, atacaremos.

-No queremos luchar. El no es el Rey; le vimos entrar en el Templo y rehusó el trono de David. Si hubiera querido luchar con nosotros por la libertad le hubiéramos seguido. El pueblo ya no está con El.

Ben-Hur se cubrió el rostro con las manos; luchaba en su interior con algo que le hacía desistir de la empresa.

VIII

Poco después estaba Ben-Hur junto a sus amigos en el lugar del suplicio. Cuando Jesús fue elevado en la cruz el cielo comenzó a oscurecerse gradualmente, la gente comenzaba a tener miedo. Los soldados romanos se preguntaban atemorizados:

-¿Y si era el Mesías?

Oyeron como decía entre suspiros:

-Padre, perdónales, porque no saben lo que se hacen.

El tiempo iba pasando entre la angustia de las gentes que contemplaban el suplicio. Muchos estaban ya arrepentidos de haber gritado en contra de aquel hombre.

Esther estaba pálida y asustada, Baltasar gemía:

-¡Dios mío! ¿Por qué no habré muerto yo también como mis compañeros? ¡Feliz Gaspar! ¡Feliz Melchor, que no habéis tenido que ver este funesto día!

También los sacerdotes se retiraban. Ben-Hur se acordó en tonces de que el Mesías le había dado agua en una ocasión, y se adelantó a pesar de los gritos y protestas de algunos; mojó una esponja y la puso en la boca del crucificado.

Las palabras de Este fueron:

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Todo el pueblo judío, que había acudido al Gólgota, estaba sobrecogido. Escuchó con terror cómo Cristo decía:

-¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Y expiró. Fue entonces cuando el cielo se cubrió por completo, dando paso a la más negra oscuridad. La tierra se abrió, pues se produjo un terremoto.

Las gentes, los sacerdotes, cayeron al suelo. Baltasar murió a consecuencia del

temblor de tierra.

Cuando brilló de nuevo la luz del sol, sólo quedaban en el monte la madre del Nazareno, las fieles mujeres, Juan, Ben-Hur y sus acompañantes.

Regresaron a su casa y allí Ben-Hur trató de averiguar qué había sido de Iras, pues era su deber notificarle la muerte de su padre; pero no la encontró y nadie supo darle noticias de su paradero.

Cinco años habían transcurridos desde los últimos sucesos. Ben-Hur se casó con Esther y tenían dos niños. Vivían en una villa en Misseno, junto a sus familiares.

Una tarde entró una criada diciendo que una señora quería ver a Esther. Esta mandó que entrara. Y cuál no sería su sorpresa al encontrarse frente a Iras, la hija de Baltasar.

Su antigua belleza había desaparecido, y se veía que los últimos años no habían sido buenos para ella.

-No te asustes por mi venida, Esther. Traigo un mensaje para tu esposo. Dile que su enemigo ha muerto. Le maté yo misma para vengarme de las infamias que me ha hecho sufrir.

-¿Messala?

-Sí. No deseo ya nada.

-¿No podemos ayudarte?

-No; dentro de poco todo habrá concluido para mí.

Y salió precipitadamente de la casa. Ben-Hur, al enterarse de la visita de Iras, la buscó por toda la ciudad, pero no logró encontrarla.

Ben-Hur encontró al fin el modo de emplear su fortuna en bien de la causa cristiana. En esta época reinaba Nerón, que comenzó .a perseguir a los que profesaban la fe de Cristo. BenHur puso su fortuna a disposición de los que construyeron las catacumbas, lugar donde los cristianos se reunían sin peligro, y donde podían enterrar a sus muertos.

FIN

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar